

FBI



**"GENIO"
BLAKE
contra
la
MAFIA**

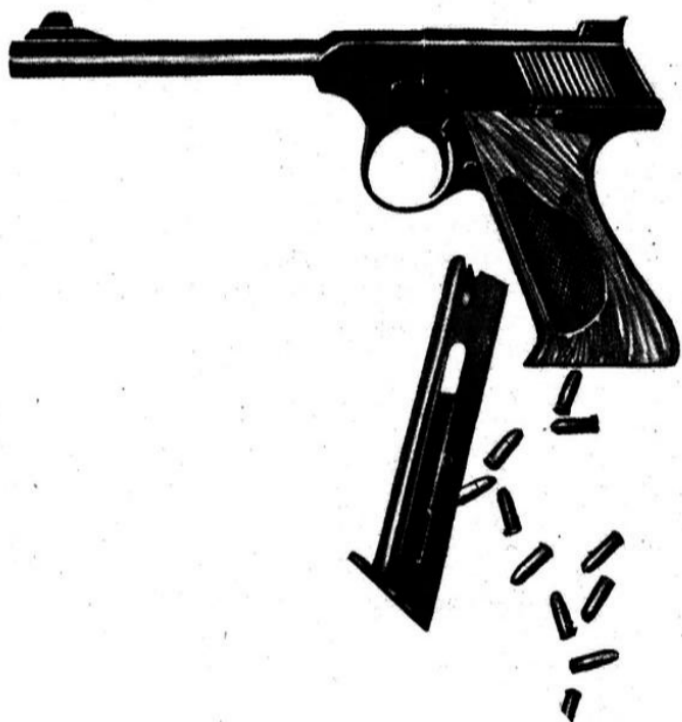
M. SAAVDROVITCH

ITALIA



**DA PALERMO
A MIAMI
UNA
CATENA
DI
CRIMINI
DELLA
MAFIA**

FBI



© M. Saavdrovitch
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Pinto (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 23.563 - 1972

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. · MADRID

M. SAAVDROVITCH

Genio Blake contra la mafia

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

PINTO (Madrid)

ESPAÑA

CAPÍTULO I

EL lujoso Hotel Ambassador, en Miami, tenía un jardín más que espacioso y estaba dotado de tres piscinas. Ahora, en plena temporada, ricos ociosos de todas las partes de la Unión pasaban sus vacaciones allí.

Uno de estos millonarios, Richard Milazzo, se encontraba tendido en su cómodo sillón de lona extensible, vestido con traje de baño y con gafas oscuras, saboreando un martini blanco.

Un tipo curioso, sin duda. De más de mediana edad, tenía el cabello escaso y fuertes manos. No lejos de él, dos sujetos jóvenes, vestidos con elegancia chillona, parecían vigilarle.

El sol estaba muy bajo ya; moría la tarde. Uno de los guardianes se acercó a Milazzo.

Milazzo le miró somnoliento.

—Che cosa volete, Giulio —preguntó en italiano.

—Es la hora, *signore* —indicó el joven.

Milazzo consultó su reloj.

—Va benissimo... No tardaré mucho en vestirme. ¡Andiamo!

Richard Milazzo abandonó el sillón de lona y caminó hacia el hotel. Los dos guardaespaldas le siguieron pegados a sus talones; tenían los ojos negros y duros, que rara vez estaban quietos.

Usaron el ascensor para subir a una de las suntuosas «*suites*» y allí Milazzo se vistió convenientemente. Estaba un poco nervioso...

Era una reunión muy importante la de esta noche. Estaría presente el estado mayor de la «Onorata Societa» y se iba a adjudicar un negocio enorme, de muchos millones.

Y no solo eso; la adjudicación sería como un reconocimiento de servicios a la «Onorata Societa», quizás, la recomendación final para llegar al último escalón...

El jefe supremo de la orden, que vivía en Sicilia, era ya muy viejo y estaba enfermo. Pronto tendría que entregar su bastón de mando al sucesor... ¡Ese sucesor podría ser él, Richard Milazzo!

Tenía amigos en la Orden... Y tenía enemigos, también... Debía conseguir esta adjudicación, llevar a cabo la empresa con cordialidad y poner a su favor la opinión del consejo americano y siciliano...

Pensando todo esto, Richard Milazzo terminó de vestirse y abandonó sus lujosas habitaciones del hotel para dirigirse al lugar de la reunión.

Sus dos guardaespaldas le escoltaron hasta la puerta. Un soberbio «Cadillac» esperaba ya. Al volante estaba Tony Valente.

Uno de sus guardianes se adelantó hacia el coche. Conversó un momento con el conductor.

—¿Todo en orden. Tony? —preguntó.

—Listo, Beppo.

Una seña con la mano y Milazzo avanzó hacia ellos.

Entró en el vehículo, sentándose en el asiento trasero. Sus dos hombres ocuparon un sitio a su lado y otro junto al conductor.

El «Cadillac» se puso en marcha, alejándose del hotel. Seguirían la carretera de la costa durante unas ocho o diez millas y entonces se desviarían hacia la finca campestre donde tendría lugar la reunión...

Era ya de noche; no resultaba muy intenso el tráfico hoy, viernes. El día y la hora estaban bien escogidos.

De pronto, el coche se encabritó. Toda su parte delantera voló en medio de una formidable explosión. El coche (los restos de él), se salió de la carretera, rebasando los arbustos de la marisma...

El primero en dar señales de vida fue Richard Milazzo. Gimiendo dolorosamente salió por la ventanilla del volcado y destrozado automóvil.

—¡Beppo! ¡Martino! —chilló.

Acudió primero Beppo. Martino apareció después, arrastrando una pierna, contusionada por el accidente...

—¡Una bomba, *signore*! —exclamó entrecortadamente Beppo.

Milazzo movió la cabeza. Pasó un buen rato examinándose y terminó echándose a reír.

—¡No tengo un rasguño, Santa Madonna!

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Martino.

—Mi sentó un poco meglio...

Durante más de treinta años, Milazzo había procurado no hablar en italiano pero ahora, cuando soñaba con el más importante cargo de todos, cuando podría volver a descansar a Palermo a disfrutar de la vida y el poder, ensayaba su lengua materna y recordaba el dialecto siciliano...

Tras una ligera inspección, Martino volvió junto a ellos.

—Tony está muerto —anunció quieto—. Tiene la cabeza destrozada.

Milazzo estaba sereno. Durante toda una vida la suerte le había sonreído. Y esa misma suerte seguía protegiéndole.

—Un trabajo mal hecho —comentó con sequedad—. Poco explosivo o mal colocado... ¿Quién será el autor?

Él era el hombre más calificado y respetado del consejo. El jefe de la orden americana le protegía y le adulaba... Sólo uno de los miembros era capaz de tal cosa: el envidioso y maligno Ricori.

Ambicionaba la adjudicación de la empresa que esta noche se discutiría. Era napolitano, procedente de la «Camorra», ahora fusionada con la «Mafia» y sentía celos de los verdaderos sicilianos...

—Yo digo que Ricori —indicó ceñudo Martino.

Beppo asintió con la cabeza.

—Yo también lo digo —observó—. Estas cosas ya no se usan. Pero él está mal aconsejado por ese puerco de Battelío.

Milazzo asintió con la cabeza. Se suponía que el atentado tendría éxito; y una vez muerto él, ya nadie pensaría en protestar, sino en adherirse al vencedor.

¡Pero él, Richard Milazzo estaba vivo! Ahí residía la diferencia...

—Necesitamos un coche —dijo Milazzo—. Adelántate tú a la carretera y haz que te lleven hasta un lugar donde tengan teléfono. Nosotros esperaremos aquí...

Beppo echó a andar y Milazzo se sentó en el suelo, bajo un árbol. Afortunadamente era de noche y nadie se había dado cuenta del «accidente». Cuando se descubriese, sólo habría un hombre dentro del coche, el pobre Tony. La policía entraría en acción pero era inútil, porque para entonces los agresores habrían recibido su castigo.

En media hora, Beppo llegó y anunció su presencia haciendo sonar el claxon... Había alquilado otro «Cadillac», pues sabía que su jefe no gustaba de otras marcas. Hasta se ocupó de que estuviese pintado con el mismo color...

Milazzo se dio cuenta y, de súbito, cuando viajaban a buena velocidad hacia el lugar de la reunión, se echó a reír ruidosamente... Acababa de tener una idea...

El edificio de la finca se destacaba de forma fantasmal en la oscuridad de la noche. No se filtraba una sola luz al exterior, dando la impresión de que no había nadie allí.

Pero a cierta distancia, disimulados bajo los árboles del parque, se alineaban coches. Aunque los miembros del consejo no eran más que seis, todos viajaban con fuertes escoltas...

Beppo llevó el «Cadillac» rojo al parque y lo detuvo, apagando las luces.

Los tres hombres saltaron a tierra.

—Cierra bien las puertas, Beppo —aconsejó Milazzo—. No hay que dar facilidades...

Al acercarse a la puerta principal de la casa, se bajó el gigantesco pórtico sostenido por enormes columnas y se destacaron dos sombras...

Milazzo sonrió. Guardianes del viejo Johnny Adria, con metralletas, al estilo antiguo. Al fin y al cabo, era un anciano y no podía menos que recordar con nostalgia aquellos tiempos de los años veinte, cuando la sangre circulaba como tempestad por sus venas...

—¡Ah, Don Richard! —saludó uno de los guardianes—. Le están esperando...

Don Richard. Sólo al viejo Johnny Adria se le llamaba Don Giovanni, pero a él empezaban todos a darle el respetuoso tratamiento reservado a los maestros de la Orden.

—Me retrasé un poco, muchachos —sonrió complacido—. ¿Cómo está el viejo?

—Rebosando salud —el guardián se echó a reír—. Reparte bastonazos a todo el que se acerca...

La puerta se abrió. El gran recibidor se hallaba a oscuras, pero por debajo de una puerta se filtraba luz. Milazzo fue hasta allá, abrió y entró.

Era un comedor inmenso. La gran mesa central ocupaba todo el centro y había bastante gente allí.

Pero, sentados a la mesa, solo cinco hombres. A la cabecera estaba el más anciano, un sujeto arrugado, de rostro maligno y ojos ardientes, el propio Don Giovanni Adria. A los lados, dos en cada parte, los miembros de la Orden, Benso, Tricco, Parolo y Ricori...

El extremo inferior, frente al viejo Adria, se encontraba vacío. El lugar de honor reservado a Milazzo.

Richard Milazzo caminó en silencio, sonriendo, y se sentó.

No dijo nada. No era costumbre hablar hasta que el jefe empezara. Y el viejo Johnny Adria saludó con la mano, esbozando una mueca que podría interpretarse como sonrisa.

—Creo, amigos, que podemos empezar —exclamó.

Milazzo se levantó entonces y fue a saludar en persona al jefe; le estrechó la mano y el viejo pareció alegrarse. Había un extraño lazo entre los dos mafiosos. Milazzo era duro, cruel y listo, cualidades que el propio Adria poseía en alto grado.

—Quiero pedirte un favor, Johnny, —le dijo Milazzo en voz baja—. Haz que uno de tus hombres vigile mi coche, un «Cadillac» rojo. Pero que lo haga de modo que no le vean. Si alguien se acerca al vehículo, debe comunicarlo enseguida...

Adria asintió con la cabeza. Respetaba la inteligencia de Milazzo y sabía que no hacía nada sin un poderoso motivo. Llamó con la mano a uno de sus hombres, para decirle algo.

Milazzo regresó a su puesto y contuvo una sonrisa al comprobar que Ricori también se había levantado y conferenciaba con uno de sus guardaespaldas precisamente con aquel que le interesaba a Milazzo, «Dinamita» Battello...

Adria golpeó la mesa con la mano. Se hizo un silencio sepulcral; todos los acompañantes de los hombres importantes salieron, excepto Andy Arena, la mano derecha de Adria, permaneció allí, detrás del sillón de su jefe. Tenía la categoría de «Giovane d'onore» y podía oír todos los secretos que se trataran allí.

—Señores —empezó Aria—, el gobierno chino pone a la venta, en Hong Kong, cuarenta toneladas de opio... Hay una fortuna para ganar, una vez transformado en heroína, en el laboratorio de Sicilia y traído a los Estados Unidos. El veinte por ciento de las ganancias serán para el fondo de la Orden. Todos tenemos derecho a

participar, pero sólo uno puede ser el adjudicatario. Cada uno de nosotros pondrá lo que le corresponde del capital necesario. Y en el reparto de las ganancias, todos entraremos a partes iguales, salvo el encargado de la adjudicación, que tendrá el doble. Es la ley de la Orden.

Hubo un ligero murmullo. Todos ganarían mucho, si la operación tenía éxito, pero el que resultara favorecido con la adjudicación, si bien llevaría sobre sí la responsabilidad, también recibiría el doble. Millones y millones de dólares...

—Creo, Don Giovanni —observó Ricori—, que todos estamos capacitados para encargarnos de la operación. Pero, si tú eliges a uno...

—¡No! —El astuto Adria dibujó su malévola sonrisa—. Podría imponer a uno, pero no quiero hacerlo. Demasiada responsabilidad, a mis años. Debe hallarse la solución por medio de una votación...

Ricori respiró hondamente. Sabía que Tricco votaría por él. Pero los demás eran amigos de Milazzo.

Entonces, Milazzo hizo su gran jugada. Con los ojos brillantes de excitación, altamente complacido consigo mismo, impuso silencio levantando el brazo derecho.

—Es una gran oportunidad —dijo—. Creo que yo resultaría elegido porque sé que me queréis bien. Sin embargo, opino que debemos darle la oportunidad a Ricori. Ha trabajado mucho y bien... ¡Se lo merece! Voto por él y os ruego que hagáis lo mismo...

El viejo Adria parpadeó asombrado. Creía conocer mejor a Milazzo. Sin embargo sabía que siempre guardaba un as en la manga.

Tricco levantó la mano.

—Ricori —votó.

—Como quieras —sonrió Benso—. Mi voto era para ti, Milazzo, pero... Vaya por Ricori.

Todos votaron a Ricori y el viejo Adria movió la cabeza.

—De nada sirve mi opinión —exclamó quietamente—. Me alegro de no tener que darla... Se acuerda adjudicar la operación a Ricori.

Entró uno de los hombres de Adria. De acercó al viejo y le dijo algo al oído; Adria llamó con un ademán a Milazzo.

CAPÍTULO II

LA reunión había terminado. Los asistentes se pusieron en pie para despedirse.

El viejo Adria estaba hablando con Milazzo; Ricori no dejó de notarlo pero no se preocupó demasiado. El atentado contra su odiado rival había fracasado y ahora se alegraba de ello. Seguramente, la bomba colocada en el coche por su fiel «Dinamita» Battello estaría mal sujeta y se caería...

Pero al ir a marcharse, con los demás, Adria le detuvo.

—Quiero que te quedes a cenar conmigo —propuso, y era una orden—. También estará Milazzo.

Aunque algo inquieto, Ricori no dejó de manifestarse encantado.

Por su parte, Milazzo se mantuvo jovial y alegre. Poco a poco, los recelos de Ricori, se fueron desvaneciendo. Era posible, pensó, que Milazzo temiese la responsabilidad de la operación, porque un fracaso sería fatal.

La cena fue magnífica. El viejo Adria comía bien, aunque en pequeñas cantidades, pero le gustaba ver cómo otros hacían honor a los manjares.

Finalmente a cosa de las diez de la noche, la pequeña fiesta terminó y Ricori, muy contento con su buena suerte, partió.

Solos ya, Milazzo miró a Adria.

—Bien, ya sabes lo que tienes que saber —exclamó quietamente—. Ricori se ha delatado al enviar a Battello a inspeccionar mi coche. No se explican cómo no hizo explosión la bomba.

Adria asintió con la cabeza.

—El hombre que mandé a vigilar tu coche lo vio —observó tranquilamente—. Battello forzó la cerradura de la puerta y abrió el capot... Es increíble la audacia de Ricori...

Milazzo no hizo comentario alguno. Siguió esperando.

—Atreverse a atentar contra tu vida por su cuenta —añadió Adria furioso—. Codicia tu puesto...

Ahora, Milazzo sonrió suavemente.

—Codicia mi puesto... Y tal vez el tuyo —indicó—. Me cree demasiado tonto. Y a ti, demasiado viejo.

Adria montó en cólera. El bastón que empuñaba, un bastón de mando de la Mafia, hizo molinetes en el aire, silbando... Lanzó maldiciones en inglés y terminó jurando en italiano.

Poco a poco le pasó el acceso de furor y volvió a ser el de siempre. Hasta llegó a sonreír benévolamente.

—Tengo que dormir, Riccardo —suspiró—. Soy viejo y necesito descanso. Pero tú eres joven y ahora más que nunca, serás mi mano derecha. Tenemos buena gente pero, comparados con los nuestros, sus cerebros son los que tienen los niños. Convoca una nueva reunión, llámales a todos por teléfono, aunque no a Ricori. Quiero que estén aquí dentro de tres horas, en el mayor secreto. Dormiré durante esas tres horas. Cuando lleguen todos, avísame por medio de Arena... Él te dará los números de nuestros amigos.

Adria se marchó, andando trabajosamente. Su cuerpo estaba lleno de ruina, pero su espíritu era aún el del feroz e implacable muchacho siciliano que cincuenta años antes llegó a los Estados Unidos como emigrante, dispuesto a conquistar el mundo.

Milazzo le admiraba. Y esperaba heredarle. Adria, el jefe de la sección americana, estaba muy viejo. Y lo mismo le ocurría al jefe supremo, el personaje que vivía allá en Palermo.

Andy Arena, consultando su libreta de notas, fue marcando los números; Milazzo habló brevemente con cada uno de los hombres. Cuando terminó fue a dar un paseo por el parque, bajo los frondosos árboles. Este negocio iba a resultar aún más provechoso de lo que pudo imaginar.

Cuando Milazzo envió a Arena en busca de Adria, Benso, Tricco, Parolo y el propio Milazzo esperaron, sentados alrededor de la misma mesa donde se reunieron antes.

Y todos, excepto Milazzo, parecían preocupados. Sabían que una reunión así sólo se convocaba para causas muy graves.

Habían llegado a Miami desde Nueva York, Chicago, San Francisco y Las Vegas para formar parte del Gran Consejo. Y sabían

muy bien, que a pesar de su alto grado en la Orden, una simple sospecha podría bastar para aniquilarles, porque la Mafia no perdona ni la sombra de una sospecha.

Por eso, cuando Adria explicó el motivo, todos recuperaron la calma; comprendían que estaban tratando de la muerte de un compañero, pero todos se alegraban de que fuese otro el que iba a morir.

—Así —terminó Adria—. Ricori ha violado nuestras más severas reglas; intentó matar a un miembro del consejo, para obrar por su cuenta. Por tanto tenemos el derecho y el deber de juzgarle. Procedamos a la votación.

Miró a Benso. Benso era primo lejano de Ricori. Quizás por eso le hacía votar en primer lugar. Los lazos con la Orden tenían que ser más fuertes que otros cualesquiera.

Benso movió la cabeza.

—¡Muerte! —dijo suavemente.

—¡Muerte! —exclamó Tricco.

—¡Muerte! —Parolo se sumó a la mayoría.

—¡Muerte! —indicó, sonriendo Milazzo.

—¡Muerte! —El viejo Adria levantó la mano con el pulgar hacia abajo, en uno de sus gestos romanos.

Ya estaba hecho... Ricori se hallaría tranquilamente en su hotel de Miami pensando que el futuro le sonreía, pero, aunque no lo supiese, ya estaba muerto y sepultado.

Adria se echó a reír.

—Como en los tiempos pasados —dijo alegremente—. Nos hemos convertido en hombres de negocios, pero antes... Bien, tendremos una de esas ceremonias que hace mucho no han sido puestas en práctica. Han llegado dos «torpedos» magníficos, «malandrini» que esperan llegar a ser «giovani d'onore». Usaremos al más joven para ver cómo se porta. Será «Il messaggero d-morte».

«Torpedos» llamaban así a los jóvenes afiliados a la Orden que llegaban clandestinamente, desde Italia, luego de sufrir un cuidadoso entrenamiento, aprendiendo lengua inglesa y las costumbres americanas, aparte de perfeccionar su principal habilidad... ¡matar!

La primera etapa de sus carreras la hacían como «malandrini», el más bajo escalón, donde habían de matar con sus propias manos.

Luego, si se portaban bien, daban el paso siguiente, ascendiendo a «giovani d'onore» y ya no actuaban personalmente en los delitos de sangre; sólo dirigían y ordenaban.

—Arena —el viejo Adria volvió trabajosamente la cabeza para mirar hacia su inseparable Andy Arena— que venga Pietro.

Arena salió del comedor y los que estaban allí siguieron guardando un silencio espeso, cargado de amenaza...

Cuando regresó Andy Arena, le acompañaba un muchacho que no aparentaba más de veinte años, delgado, moreno, fuerte... y sonriente.

Se quedó ante la mesa, junto a Don Giovanni, esperando.

—Pietro. —Adria habló lentamente, en inglés—. Hay un trabajo que hacer; un miembro de la Orden ha pecado contra Las reglas... No sentimos odio hacia él, porque somos hermanos, pero los pecados han de pagarse. Le hemos tratado bien y ha tenido una buena cena como está prescrito. Ahora hay que aplicar la pena. Este hermano se llama Ricori. Hemos de hablar también, del cómplice que a sabiendas le ayudó en su criminal propósito, es Battello. Andy Arena te dará los detalles para que los encuentres. Ahora, dime, ¿estás dispuesto?

El muchacho sonrió, enseñando los blancos dientes.

—Estoy dispuesto —manifestó en perfecto americano—. Mi vida pertenece a la Orden. Si muero, me enterrarán, pero si vivo, los mataré.

Adria se puso en pie. Sus ojos despedían chispas. ¿Qué era el poder de un emperador comparado con el suyo y de la fuerza que representaba?

Nada, menos que nada. Sólo un hombre en el mundo, otro anciano que vivía en Palermo, podía darle órdenes. Fuera de eso, ni el Presidente de los Estados Unidos tenía derechos de vida o muerte sobre tantas personas.

—En pie, hermanos —gritó—. Nuestro amigo Pietro recibirá el «beso de la muerte», partirá a cumplir su misión y olvidará todo lo que ha visto y oído.

Se acercó al muchacho, que esperaba rígidamente, como un soldado ante la presencia de su general.

Le besó en la boca.

Luego, lo hizo Milazzo. Uno a uno, los demás cumplieron con la

esplendante ceremonia.

Finalmente Andy Arena se llevó a Pietro, para aleccionarle en su primera misión en tierras americanas.

Edward Ricori se sentía algo excitado y no se acostó pronto, como otros días. Por el contrario, se acomodó en la terraza y ordenó que le trajeran una botella de agua mineral.

Desde la terraza disfrutaba de un bonito panorama, con las luces del paseo bordeado de palmeras y el brillo de la luna sobre las aguas del mar.

Había cenado demasiado y esto iba contra sus costumbres. Desde hacía años cuidaba su salud con meticulosa exactitud, haciendo ejercicio, fumando apenas y bebiendo muy poco.

Por esa razón, hoy, el día de su mayor triunfo, lo celebraba en privado con sólo agua mineral, en lugar de champaña, como habría hecho unos lustros antes.

Allí, tranquilamente, pasó más de tres horas, solo, saboreando la alegría de vivir. Cuando era un chico, muchos años antes, había soñado con la riqueza y el poder que ésta da. Ahora lo tenía todo... ¡Y tendría mucho más en sólo unos meses!

Los buenos sucesos también fatigaban. Cuando ya había extraído todo el placer posible de pensar en su buena fortuna, se fue a la cama.

Joe Battello, se encargó de organizar, como de costumbre, la guardia nocturna. Realmente, no tenía nada que temer en este hotel para millonarios pero la prudencia no estaba de más.

En el pasillo, sentado en uno de los grandes sillones quedó uno de los «malandrini» que protegían el jefe. Otro se echó en el sofá de la sala de estar.

El propio Battello, aún preocupado por el fracaso de su atentado contra Milazzo, decidió que le vendría bien un paseo por la playa. Habían hablado del asunto Ricori y él... Por lo visto algo falló y era una suerte, puesto que todo salió bien sin necesidad de violencia.

Aquello tranquilizaba a Battello, pero su innata suspicacia le mantenía alerta. Sabía muy bien que la colocación de la dinamita y el regulador de tiempo, al arranque del coche de Milazzo estuvo perfectamente hecha.

¿Cómo entonces, había fallado?

Misterio. Y a Battello no le gustaban los misterios.

Abandonó el hotel y se fue a la playa. Paseó lentamente por entre las palmeras, tratando de tranquilizarse. Sin duda que si Milazzo hubiese sospechado algo no habrían salido vivos de la casa donde se alojaba el viejo Adria. El riesgo que corrieron, y que antes le pareció nimio, se agrandaba ahora hasta proporciones enormes, tanto Battello se preguntaba si no estuvo loco al no probar a quitarle a Ricori la idea de la cabeza...

De todos modos, el paseo a la luz de la luna le sentó bien y la brisa marina calmó sus nervios.

Regresó al hotel, dispuesto a dormir tranquilamente, seguro de que sus temores ya no tenían fundamento. Nadie sabría nunca lo que había hecho por encargo de Ricori...

Fue al salir del ascensor. Cuando la puerta empezó a abrirse, divisó al guardián que aún seguía sentado en el sillón, ante la puerta de la «suite». Y con él estaba otro hombre, joven, moreno, siniestro.

Battello pulsó el botón para que se cerrara la puerta de nuevo, introduciendo el pie para evitar que lo hiciera por completo. Por la ranura vigiló sudando de angustia.

El hombre que hablaba con el vigilante de Ricori hizo una seña con dos dedos de la mano derecha y el corazón de Battello dejó de latir...

La señal de «¡I messaggero di morte!»

Dejó cerrarse la puerta. Oprimió el botón del piso bajo y el ascensor comenzó a descender...

Sabía muy bien lo que estaba ocurriendo. Milazzo lo sabía todo. Y, lo que era peor, se lo había contado el viejo Adria, probándolo de algún modo. Como consecuencia, la Orden dictó sentencia de muerte sobre Ricori y el joven moreno venía a cumplirla...

Y no era eso todo... Él mismo, como ejecutor material, también tendría que morir...

¡Huir! Sabía que nadie huye de la Mafia... Pero tenía que intentarlo.

Disponía de dinero, aunque el probar a sacarlo de alguna de las oficinas bancadas donde lo tenía sería igual que suicidarse. Todas estarían vigiladas. No hay asunto más importante para la Orden que eliminar a los traidores...

Encima llevaba un par de miles de dólares. Eso y su vida eran

todo su capital...

Salió del hotel, tomando un taxi. Necesitaba pensar, hacer algo.

Y una voz, en lo más profundo de su cerebro, le repetía, una y otra vez:

«Huye, Battello, huye...»

CAPÍTULO III

EL guardián que vigilaba la puerta de la «suite» miró por encima del periódico que estaba leyendo cuando oyó que alguien se acercaba por el pasillo.

En una sola ojeada calibró al joven recién llegado. Un muchacho, solo un muchacho... Pero cuando le miró a los ojos comprendió que era bastante más que eso... Duros, implacables, era como si se estuviese mirando al espejo, porque él mismo también los tenía así.

Por alguna razón se sintió inquieto. Se arregló la corbata, pero lo que en realidad hizo fue poner su mano a una décima de seguro del revólver del 38 que llevaba bajo la axila.

El joven parecía saber lo que buscaba, porque se dirigió hacia él y se detuvo a un paso de distancia. No había sonrisa en su rostro moreno y bien parecido. El gesto seguía impasible, inmutable, como si en su cuerpo no existiera un corazón que estuviese palpitando.

—¿La «suite» de Ricori? —preguntó quietamente, con suave acento neoyorquino.

El guardián se puso en pie; y ahora, sin intentar disimularlo, su mano agarraba la culata de la pistola...

—Puede que sí —murmuró tensamente—. ¿Qué se le ofrece?

El muchacho no contestó... Al menos, no lo hizo con palabras. Adelantó una mano y plegó dos dedos de una forma muy especial...

El guardián de Ricori empezó a sudar. Sabía lo que era aquello. El signo de «IL messaggero di morte». No cabía pensar en una broma. Nadie que no perteneciese a la Mafia sabría hacer ese signo.

Y nadie de la Mafia lo emplearía si no estaba autorizado para ello; sería la muerte para quien tal hiciese...

Por otra parte, aquella señal era como un pasaporte; ningún

miembro de la Orden resistiría semejante señal.

Por otra parte, se podía comprobar; y esto, precisamente, estaba dispuesto a hacer el vigilante de Ricori.

—¿Qué buscas? —preguntó roncamente.

El joven asesino sonrió ahora.

—A Ricori y a Battello —manifestó quieto.

—¿Quién te manda?

—Don Giovanni Adria.

Le tocaba el turno a Ricori... El guardián se frotó las sudorosas manos contra el pantalón.

—Espera un momento. Tengo que hacer una llamada...

El joven asintió con la cabeza. El vigilante de Ricori avanzó por el pasillo, en busca del teléfono público. Marcó un número. Siempre se les daban esos números, aunque solo sirvieran para dos días, como en este caso en que los miembros del Consejo de la Orden vinieron a Miami.

Al cabo de unos instantes, una voz le contestó:

—¿Quién es?

—Bruno... Quiero hablar con Don Giovanni...

Sólo un par de minutos, pero al hombre le parecieron siglos. Cuando la cascada voz del viejo Adria sonó en su oído, estuvo a punto de gritar de espanto...

—¿Sí, Bruno?

Conocía aquella voz...

—Ha llegado el mensajero, Don Giovanni... Quiere ver a mi jefe... ¿Es correcto dejarle pasar?

—Sí —eso fue todo, seguido por el impacto del aparato al ser colgado.

El guardaespaldas de Ricori volvió junto al joven que esperaba, leyendo tranquilo el periódico que antes tenía él.

Hizo una seña con la cabeza y abrió la puerta. En la oscuridad, llamó suavemente y encendió la luz:

—¡Ralph!

Ralph, tendido en el sofá, se levantó sobresaltado. Miró al recién llegado...

—¿Quién es éste? —preguntó hoscamente...

Bruno no contestó, pero el muchacho repitió el signo y Ralph cambió de color...

—¿Quién...?

No terminó la pregunta. Ni su compañero le informó.

Se volvió hacia el mensajero de la muerte.

—Ricori duerme en esa habitación —indicó—. Battello ocupa esa otra. Pero no está... Se fue a dar un paseo hace cosa de una hora...

El joven sonrió con suavidad.

—Terminaré pronto —aclaró con escalofriante indiferencia—. Llamen por teléfono a este doctor... Si viene Battello, hagan que espere fuera. Se hará todo más fácil si lo desarman...

Aquel par de duros «gangsters», habituados a matar desde que eran casi unos niños, sentían las piernas flojear bajo ellos.

Salieron en silencio de la «suite», mientras el asesino se calzaba unos finos guantes de piel negra.

Luego, mientras ellos se acomodaban en los sillones del pasillo, «IL messaggero di morte» entró como una sombra en el dormitorio del feliz Edward Ricori...

El «malandrino» enviado por Adria operaba con la tranquilidad de quien tiene la conciencia tranquila. Y es que la tenía; su conciencia eran las órdenes de la Mafia...

Se acercó a la cama donde roncaba Ricori. A la luz de la luna estudió al infeliz, calculando el modo de llevar la ejecución con rapidez y sin complicaciones...

Sacó una cuerda del bolsillo y la partió en dos trozos con su navaja plegable. Después empuñó su pistola y descargó un fuerte golpe en la base del cuello de Ricori.

El hombre se quedó rígido y su respiración se tornó violenta; había perdido el sentido.

El asesino, con terrible calma, le ató las manos a la espalda con uno de los trozos de cuerda. Luego le pasó el otro por el cuello y efectuó un nudo marinero, de esos que se pueden apretar, pero no se aflojan.

Tiró de los cabos, con tanta fuerza que la cuerda crujió...

Ricori pataleó débilmente. El salvaje asesino se sentó sobre sus piernas y esperó unos minutos, hasta que Ricori pasó del sueño a la muerte...

El doctor Galworth estaba durmiendo, luego de un atareado día

en el Medical Center de Miami, cuando le despertó el timbre del teléfono. Aún medio dormido alzó el receptor y se lo aplicó al oído.

—Doctor Galworth, supongo —dijo una voz desconocida.

—Sí... ¿Qué desea?

—El que tiene dinero y amigos, se pasa la justicia por el ano.

Galworth se sintió despierto de un solo golpe. Era una contraseña de la Mafia y sólo un alto miembro de la Orden podría saber que él formaba parte de la siniestra organización, aunque fuese de un modo pasivo.

Muchos años antes, su padre había trabajado con «ellos». «Ellos» cuidaron de la familia cuando su padre murió en una pelea a tiros. «Ellos» le habían enviado a la Universidad. Sólo le pedían pequeños servicios de vez en cuando y el cheque que recibía al año tenía cinco cifras.

—Cuando hay un muerto, es menester pensar y ayudar al vivo —contestó entrecortado.

Le asustaba la siniestra hermandad, pero pertenecía a ella y nada podía hacer para evitarlo. Debía cumplir órdenes...

—Recibiré otra llamada. Un huésped de cierto hotel se ha puesto enfermo de repente. Recuerde, ha muerto de un ataque al corazón. Eso deberá decir el parte de defunción...

Galworth tragó saliva.

—Entendido —afirmó.

Oyó el «clic» al colgar el aparato al otro extremo de la línea.

Se tiró de la cama. Haría bien en estar preparado. Fue al baño y se lavó los dientes. Y cuando terminaba de vestirse recibió la llamada.

Eran las cuatro de la madrugada. Galworth abandonó su casa, sin despertar a nadie, y sacó el coche del garaje.

Partió hacia el Hotel de Miami Beach...

Cuando el doctor Galworth llegó al hotel no sabía lo que se iba a encontrar, aunque lo adivinaba. Le recibieron tres hombres, en la sala de estar de la lujosa *suite*.

Había humo en la habitación. El doctor vio que algo se estaba quemando en un enorme cenicero. Aún se podía reconocer que era una cuerda de cáñamo, de la que puede comprarse en cualquier sitio...

—¿Dónde está? —preguntó con voz débil.

Uno de los hombres señaló hacia la puerta más cercana.

—El «enfermo» está ahí, doctor —indicó.

Galworth entró en la habitación. Las luces estaban encendidas y la ventana aparecía cerrada, a pesar del calor...

Se acercó a la cama. Una sola ojeada le convenció de que el «enfermo» no necesitaba ayuda. Apreció las huellas de la cuerda en el cuello y en las muñecas...

Por pura rutina auscultó el pecho del cadáver. Luego abandonó el dormitorio y salió a la sala.

Ya no había más que dos hombres allí. Galworth estilográfica y extrajo del maletín un impreso para extender el parte de defunción. Por encima de hombro, uno de aquellos hombres leía. Dejó el parte sobre la mesa y guardó la estilográfica.

Luego saludó con la cabeza y salió al pasillo. La: piernas vacilaban bajo su cuerpo cuando avanzo hacia el ascensor.

Uno de los guardianes del difunto Ricori siguió en el sillón del corredor, como siempre. La trampa seguía abierta, puesto que aún quedaba otra víctima por caer en ella.

Pero los minutos se convirtieron en horas y Battello no volvía; el «messaggero di morte» empezó a comprender que algo andaba mal. Poco más tarde, cuando empezó a amanecer, estaba claro que el pájaro había volado.

El asesino movió la cabeza. Esperaba que esta su primera misión en tierra americana sería un franco éxito; estaba preparado para ello y reunía las mejores condiciones personales.

Pero, algo fallaba. Tenía que ponerlo en conocimiento del Maestro de la Orden. Por eso se despidió brevemente de los guardianes del difunto Ricori y volvió apresuradamente a la finca donde aguardaba el viejo Adria.

Don Giovanni Adria se enfureció de veras al saber que Battello aún estaba vivo.

—Es un serio peligro —manifestó el viejo—. Battello está enloquecido de miedo y puede hacer cualquier cosa...

Incluso «hablar». Milazzo palideció.

—Hay que encontrarle lo más pronto posible —sugirió.

Adria asintió con la cabeza.

—Pero sin armar mucho jaleo —exclamo astutamente—. Hay

que hacer correr la noticia a todos los miembros de la organización. Battello debe ser muerto donde y cuando se le halle. Pietro le seguirá el rastro, ayudado por todos nuestros hombres. No tiene antecedentes, es un desconocido y nadie le busca a él, porque no ha habido crimen en el caso de Ricori... Murió de un ataque al corazón...

El viejo se echó a reír.

—¿Cuánto sabrá? —se preguntó Milazzo en voz alta.

—Puede que mucho, lo bastante para causarnos molestias. Recuerdo algo parecido, en los viejos tiempos. Un tipo llamado Reles... No pasó nada al final, pero nos hizo sudar... No creo que esté enterado del asunto de Hong Kong. Ricori no se lo habría dicho... Pienso que debemos obrar con cuidado, pero todo debe seguir adelante según lo planeado. Ahora, con la muerte «natural» de Ricori se armará un pequeño revuelo, pero a nadie le extrañará... ¡Los hombres tienen que morir alguna vez!

CAPÍTULO IV

EL hallazgo del coche accidentado de Milazzo, con el conductor muerto, y los rastros que hallaron los técnicos de que se había usado una bomba de dinamita para hacerlo volar, pusieron en conmoción a la policía de Miami.

Algunos de los grandes personajes de la Mafia son conocidos, si bien no es posible hacer nada contra ellos. En este caso estaba Milazzo. La policía sabía que estaba de vacaciones en Miami y supuso que se trataba de un atentado contra él, que solo por casualidad no tuvo éxito.

«Arreglo de cuentas» entre pandilleros... Pero, a raíz de este suceso el

M. P. D.

(Miami Pólice Departament), empezó a averiguar muchas cosas más.

Por ejemplo, que un rico sujeto, sospechoso de ser «mafioso», Edward Ricori, también vino a Miami y acababa de morir en un Hotel Beach de un ataque al corazón...

Y luego se averiguó que el viejo John Adria, uno de los «grandes» de los tiempos de Lucky Luciano y Costello, había alquilado durante unos días una finca campestre en las cercanías de la ciudad...

El jefe de policía de Miami se sintió francamente inquieto. Estaba acostumbrado a que acudieran al famoso lugar en vacaciones más o menos largas gentes de todas clases. Pero esto tenía todo el aspecto de una reunión a alto nivel entre jefes del gangsterismo.

Los periodistas tomaron cartas en el asunto, siempre ansiosos de noticias que pudiesen ponerse en sus periódicos con grandes titulares. Acosaron a Milazzo y a Adria, pero aparte de obtener

fotografías durante el lujosísimo entierro de Ricori, nada sacaron en limpio.

Finalmente, el
M. P. D.,
envió un informe a la capital, con todos los datos que conocían.

Y en la capital, Tallahassee, recibieron las noticias con gran interés. No es que pudiesen hacer mucho, aparte de sospechar, pero sabían que la gran ilusión del

F. B. I.,
era asestar un golpe a la Mafia.

Parece imposible que un organismo policial de la categoría del
F. B. I.,
nunca haya podido enviar a la cárcel a un solo «mafioso» de categoría, pero esa es la verdad.

Por tanto, el fiscal general del Estado envió, a su vez un informe completo a la oficina del Bureau en Tallahassee. El Agente Especial en Cargo, Briar Allen se interesó vivamente en el caso. Una reunión de altos dirigentes del Sindicato del Crimen...

Entró en contacto con la Oficina Central, en Washington; desgraciadamente, aquella información no servía para casi nada. Podían sospechar lo que quisieran con respecto a los motivos de encontrarse aquellos siniestros hombres en Miami en las mismas fechas, del atentado frustrado contra Milazzo y la muerte «natural» de las mismas fechas. El interés despertado en la Oficina Central se evidenció rápidamente; el propio Director del

F. B. I.,
Hoover, habló por teléfono con el Agente Especial Allen para pedirle que investigara hasta donde pudiera y que le mantuviese informado de lo que descubriese.

No era mucho lo que pudo averiguar. Ni siquiera sabía por dónde empezar. El principal cuidado de la Mafia, del Murder Inc., y de todas las organizaciones interdependientes ha sido y es evitar por todos los medios que intervenga el

F. B. I.
en sus asuntos. Todos los miembros son aleccionados por competentes abogados al servicio del crimen para que no cometan delitos federales.

El fugitivo Joe Battello siguió su primera idea: alejarse de Miami a toda velocidad. Para ello alquiló un coche y se lanzó hacia el norte por la autopista 75.

Durante horas estuvo conduciendo con cuidado, lo bastante rápido para poner buena cantidad de millas tras él, pero no para que le detuviesen por exceso de velocidad.

¡La policía! Battello hizo un gesto de disgusto. Sabía que no podía esperar nada de ella. La policía dependía de las fuerzas políticas de cada Estado y él sabía muy bien el poder de la Orden en todas las máquinas políticas...

A medida que se acercaba a la frontera del Estado de Florida, se preguntaba que podía hacer... Sin dinero, con su cabeza puesta a precio, no viviría mucho y aun este tiempo que ganaba por haberse dado cuenta del peligro lo pagaría muy caro, con la angustia de saberse acosado como una bestia salvaje.

Cinco horas después de emprender el viaje, a primeras horas de la mañana, Battello vio las señales de un cruce. A Tallahassee por la izquierda... Tallahassee, la capital del Estado...

Battello aplicó los frenos furiosamente. Disminuyó la velocidad tan rápidamente que un coche que venía detrás hubo de hacer una brusca maniobra para evitar el choque. Las maldiciones se podían adivinar por el movimiento de la boca del otro conductor.

Pero esto no importaba a Battello ni poco ni mucho. Acababa de tener una idea...

Sí que existía una policía donde la Mafia carecía de poder. Sí que existía una organización policíaca que podría protegerle, salvar su vida...

¡El

F. B. I.!

Eso significaría hablar, delatar a los miembros de su siniestra hermandad... Quizás el mandamiento de la «Omerta» más celosamente guardado era el del silencio, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

Pero Battello apreciaba su vida en mucho. Ne tenía familia que proteger de represalias. Y no es que creyese ni por un momento que podría escapar al brazo de la Mafia...

Sin embargo, estaba seguro que si alguien podía hacer algo era el

F. B. I.,
aquella formidable máquina federal.

Había detenido el coche en un apartadero. Se pasó la mano por la frente para enjugar el sudor que la perlaba. La suerte estaba echada; quería salvar su vida, a costa de lo que fuese y el miedo es una poderosa razón.

Iría a la Oficina del Bureau y «cantaría». El precio sería la protección que buscaba.

Hizo arrancar el vehículo y tomó la desviación, internándose en la carretera estatal número 90. A Tallahassee cien millas justas, decía un letrero.

Johnny Mulvaney, agente especial del
F. B. I.,

recibió a aquel hombre; era un sujeto de unos cuarenta años, de rostro cetrino. Parecía al borde del colapso. Era evidente que estaba asustado.

—¿En que puedo ayudarle, míster...? —preguntó afablemente.

—¡Quiero ver al jefe! —chilló el hombre—. ¡Necesito hablar con él!

El jefe... No era procedimiento usual molestar al Agente Especial en Cargo sin poderosas razones.

—Bien, yo soy agente federal —sonrió quietamente—. Es cierto que tenemos un jefe en esta oficina del Bureau, pero yo puedo y debo escuchar primero lo que tenga que decir...

—¡No diré nada, nada! —lloriqueó el individuo—. ¡Sólo hablaré delante del jefe!

Le temblaban las manos. Mulvaney se fijó entonces en el sospechoso bulto bajo la axila de su chaqueta... Una pistola. ¿Quién era este sujeto?

Cautelosamente, el agente federal se llevó la mano a la cintura, asiendo la culata de su Colt del 38, de cañón corto. La vida estaba llena de sorpresas y una de las cosas que ha de tener en cuenta siempre un agente del

F. B. I.,
es evitarlas, sobre todo las desagradables...

—Está bien, míster —asintió, sin perder la sonrisa—. Le llevaré ante el Agente Especial en Cargo de este Bureau —concedió—.

Pero, antes, será mejor que entregue la artillería...

El hombre pareció no comprenderle. Luego se dio cuenta y sacó nervioso el revólver que llevaba bajo la axila. Mulvaney tiró de su pistola, pero no llegó a mostrarla por encima de la mesa, porque el otro la echó delante de él, con gesto de repugnancia. Y no sólo eso. También colocó junto a la pistola un puñado de cartuchos y una navaja plegable, todo un arsenal.

Era evidente que el tipo estaba asustado de veras y que no intentaba cometer atentado alguno.

—Perfecto, amigo —sonrió Mulvaney—. Ahora, aguarde un momento.

Salió de la estancia y caminó por el pasillo hasta otra de las puertas encristaladas, cercana a la suya.

«Agente Especial en Cargo», decían las letras pintadas en el cristal esmerilado.

Mulvaney llamó suavemente y entró luego.

El hombre que ocupaba el despacho levantó la cabeza y sonrió agradable.

—¿Qué ocurre, Mulvaney? —preguntó suavemente.

—Tengo una visita, Allen —informó su compañero—. Un «gangsters», de eso no hay duda. Está asustado... ¡pero no de nosotros! No habría venido en caso contrario. Tiene los nervios tan excitados que parece a punto de subirse por las paredes. Dios sabe lo que tendrá que contar; repite una y otra vez que quiere ver al «jefe», y no hay quien le saque de eso. Pensé que debía comunicárselo...

Allen asintió con la cabeza.

—Envíemelo —ordenó.

Mulvaney volvió a su despacho. El nervioso y cetrino individuo estaba dando rápidos paseos por la estancia, como los lobos en sus jaulas del zoológico...

—El jefe le recibirá ahora mismo, míster —indicó el agente—. Venga...

Vaya si fue. Tropezando con Mulvaney en su ansia de verse ante «el jefe».

Mulvaney le hizo pasar al despacho de Allen y volvió a su puesto, olvidando el incidente. Tenía mucho trabajo que hacer y sabía que Allen se ocuparía del asunto.

En efecto. Allen indicó uno de los sillones, cómodos aunque no lujosos.

—Siéntese, míster... míster —sonrió de nuevo—. ¿Quiere decir su nombre?

Battello pensó durante unos segundos. Ya estaba allí... ¿tendría valor para seguir adelante?

Pensó en su porvenir... Ser estrangulado en algún cuarto de una pensión barata... Ser enviado al fondo del mar o de un lago, con un bloque de cemento sujeto a los pies, «La bota de la Mafia». Recibir un balazo por la espalda en cualquier sitio...

—Me llamo Joe Battello —pronunció trabajosamente.

Y se sentó, encendiendo un cigarrillo.

—Bien, míster Battello, le escucho —observó Allen.

¿Por dónde empezar?

—Trabajaba para Edward Ricori —dijo.

Allen se sobresaltó. ¡Ricori!

—Siga —procuró no demostrar el interés que sentía.

—¡Le han asesinado! —chilló Battello—. ¡Y me buscan a mí para matarme!

—¿Quién le busca?

Battello enrojeció. ¿Cómo podrían ser tan idiotas estos policías? ¿Quién le iba a buscar?

—«Ellos»... Los del equipo de la Orden... Los pistoleros del Sindicato que dirige Adria... ¡La Mafia! ¡Tienen que ayudarme! Le contaré todo lo que sé, que es mucho, hablaré, hablaré, pero han de protegerme. ¡No quiero que me asesinen!

Aquello era magnífico. ¡Un delator de la Mafia! Allen no era de los que se excitan, pero en esta ocasión estaba a punto de ocurrirle.

—Cuenta todo lo que sepa, míster Battello... Todo, —sugirió amablemente—. Si nos sirve su información, le protegeremos, de eso puede estar seguro... Me imagino que usted habrá formado parte de la organización...

Battello asintió con la cabeza.

—Formo parte del Equipo —admitió.

—Bien, para protegerle mejor, debe contarle todo... Pero, recuerde esto, no mencione su participación. Cuenta solo lo que hacen los demás, sin inculparse usted mismo. Así no tendremos que perseguirle a usted; ya sabe que lo que diga se puede usar en su

contra. De modo que aclare cuanto pueda, pero sin acusarse. Ya hablaremos más despacio y procuraremos no defraudar su confianza. Hable... hable...

Por primera vez, Battello sonrió. Se estaba tranquilizando rápidamente. ¡Hasta le aconsejaban en su propio beneficio! No se equivocó al venir al Bureau.

—¡Buen chico! —dijo—. ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio... Desde el día en que entró en la organización. Nos interesa todo, créame...

Y Battello habló... habló...

CAPÍTULO V

JOE Battello estaba en Washington, El

F. B. I.,
le había transportado con el mayor secreto y seguridad, en un avión fletado especialmente para el caso.

Ahora, el «gángster» se felicitaba por haber acudido a la policía federal. Por el momento le estaban protegiendo formidablemente. Ningún «mafioso» podía entrar en los cuarteles federales.

Aquí, en la capital de la nación, los hombres del
F. B. I.,
le interrogaban una y otra vez. Y él, consciente de que estaba pagando por su vida, hablaba y hablaba...

Al cabo de una semana, en el despacho del más alto cargo de la organización, hubo una pequeña reunión de jefes. Se mostraron de acuerdo en que tenían una serie de datos acusatorios que podrían mandar a la cárcel y al patíbulo a dos docenas de altos jefes de la Mafia.

Pero todos se manifestaron unánimes en que no era el momento de empezar la persecución. Todo aquello podría esperar. Por ahora, lo que interesaba era detener y apresar aquel cargamento de cuarenta toneladas de opio que iban a ser transformadas en heroína en Sicilia. Y el botín debía capturarse cuando se intentara introducirlo en los Estados Unidos.

Era un modo de atacar por vía indirecta. Se conocía el sistema de adjudicación que seguían los «mafiosos». Si aquello no tenía éxito, los responsables serían severamente castigados, mucho más que si cayese sobre ellos el peso de la ley americana.

Ahora bien, conseguirlo no era tarea fácil; ni siquiera se podía considerar difícil a secas; era muy, muy difícil, un trabajo

delicadísimo.

Los agentes que se encargaran del asunto tendrían mucho adelantado, con la lista de nombres que el delator Battello había dado; contraseñas, signos de reconocimiento y lugares, un código completo de la Mafia estaba en poder del

F. B. I.,

y serían terribles armas para combatir a los criminales.

Aun así, no se hacían ilusiones. Sería una dura faena.

—Para mí —sugirió alguien—, es tarea que se debería confiar al «genio»; nadie que no sea italiano tiene posibilidades de llegar muy lejos en Sicilia. «Genio» Blake puede hacerse pasar por italiano...

—Blake... Y el agente Marone estará en condiciones de ayudarle...

Los demás miraron hacia el más importante de los reunidos.

Y el jefe habló:

—Blake se portó muy bien en su primer trabajo, allá en Tokio. No hay motivo para suponer que este trabajo sea más difícil. Bien, designaremos a «Genio» Blake.

Ciril Spencer Blake estaba entregado a su trabajo. Ahora investigaba los libros de una compañía anónima. Con su formidable memoria y agudo instinto para los detalles iba construyendo el caso. El final sería, con toda seguridad, alojamiento gratuito, traje incluido, de algunos directivos de la compañía en los presidios que los tribunales designaran.

Estaba en su habitación del hotel, aquella noche, en la ciudad de San Francisco, cuando le llamaron por teléfono.

Era la oficina de Washington. El mensaje fue corto y claro. Debería abandonar su trabajo de inmediato, entregando los resultados de su examen al Bureau de la ciudad. Acto seguido tenía que volar a la capital de la nación.

—Enterado señor —eso fue todo.

Al día siguiente, estando presente el Subdirector Harbo, y en compañía del agente especial Marone, se trazó el plan de acción.

Un asunto importante. Cuarenta toneladas de opio se iban a poner a la venta en Hong Kong por el gobierno de la China Roja. El opio se llevaría a Sicilia para ser transformado en heroína y, posteriormente, embarcado con destino a los Estados Unidos.

Misión de Blake: seguir el rastro y conseguir averiguar el medio de transporte para que los servicios pudiesen interceptar el cargamento.

De la sección de falsificaciones se encargarían los documentos precisos para transformarle a él y a Marone en dos italianos de la isla de Sicilia.

Para ello, la ayuda de Marone fue decisiva. Tenía familia en Sicilia y en Roma. Pero el plan incluía ciertos detalles agudamente inteligentes.

Se trabajó duro. En solo dos días, Marone y Blake volaron hasta Austria, y pasaron la frontera italiana por el Brennero.

Luego, a partir de Milán, olvidaron su documentación americana y empezaron a utilizar la italiana.

Destino: Sicilia. Pero antes tenían que hacer una visita muy particular en Roma. Debían ver a un primo de Marone, joven de veintiséis años, pintor de cierto éxito. Ya habló Marone con él, por teléfono, pero tenían que concretar un acuerdo extraño.

Tan extraño que el primo de Marone, Enrico Bardo, dio un salto cuando se enteró...

El estudio de Enrico Bardo se hallaba en una calleja del Transtevere, cuyo empedrado podría ser el mismo de los tiempos de Julio César, a juzgar por lo mal que estaba.

Ahora, los dos agentes del

F. B. I.,

atravesaron un patio lleno de niños y mujeres que discutían y gritaban a pleno pulmón.

¿El pintor Bardo? Media docena de brazos señalaron la escalera de la derecha. Al final de ella, en el último piso, vivía el artista.

Cuando llegaron ante la puerta Blake y Marone cambiaron una mirada; la situación económica de Bardo no debía ser muy próspera. La casa estaba tan inclinada como la torre de Pisa y las paredes se caían a pedazos.

Marone buscó el pulsador del timbre; no hallándolo, golpeó el panel con los nudillos. Tras una espera de medio minuto la puerta se abrió y un joven de agradable aspecto apareció ante ellos.

—Che cosa volete, signori? —sonrió—. Si venden algo, no puedo comprarlo. Si quieren cobrar alguna factura, no puedo pagarla. Falta de numerario... mi capisce?

Marone esbozó una sonrisa.

—No buscamos tu inexistente dinero, primo Enrico —observó.

Enrico entornó los ojos.

—¿Chi é lei? —preguntó.

—Tu primo de América... Lewis Marone...

—¡Ah, per Bacco! —Enrique abrió los brazos—. El hijo de tío Benedeto...

Abrazó y besó a Marone, muy contento al parecer.

—Y éste es Rinaldi. —Marone señaló hacia Blake, quien ostentaba ese nombre en sus falsificados documentos de identidad.

Enrico le abrazó y besó también.

—Pasad, amigos —invitó—. ¡Qué sorpresa!

El estudio no era sino un camaranchón sucio y destartalado. Marone echó un vistazo a su alrededor y se volvió hacia su primo.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó—. Un pintor debería ganar mucho dinero...

—¡Ah, primo Luigi! —Bardo movió la cabeza con tristeza—. El talento no se reconoce con facilidad. Estoy... Como decía el clásico, «de corpore bene, de pecunia male»...

—Según dice tía Tonina, no has estado en Palermo desde hace mucho tiempo...

—¡Oh, mucho! Como sabes, mi padre era oficial de carabinieri y recorrimos toda Italia, de un destino a otro. La última vez que fuimos a Palermo tenía yo ocho años...

—Bien. —Marone miró especulativamente a Blake—. Mi amigo se te parece un poco... ¿No crees?

Enrico Bardo miró al agente del

F. B. I.

—Un poco —admitió—, aunque, no mucho. Si llevara el pelo más largo... ¿Pero, qué...?

—Quiero hacer un negocio contigo, primo Enrico. Algo muy serio. Los artistas necesitan viajar. ¿Tienes pasaporte?

—Seguro que lo tengo. Sólo me falta el dinero...

—Tendrás el dinero. Sacarás un billete para Brasil. Te irás allá, con quinientos dólares en el bolsillo, y no tendrás más que pasar por el consulado americano en Sao Paulo cada semana para recibir cien dólares. Podrás ver nuevas tierras, pintar...

Enrico Bardo arrugó el entrecejo.

—¿Eres rico, primo Luigi? —preguntó con curiosidad.

—No lo soy. Es otro quien paga. Lo que ocurre es que necesitamos tu personalidad. Mientras estés ausente, mi amigo Rinaldi ocupará tu lugar.

—¿Por qué?

—Secreto.

Enrico movió la cabeza.

—No es posible —observó—. Yo soy un gran artista. ¿Sabe pintar tu amigo? Y aquí me conoce mucha gente...

Blake tomó unos papeles y un carboncillo. Empezó a trazar líneas, con rapidez... Echó a un lado el papel... Usó el carboncillo en otro, ¡con la mano izquierda!

Un par de minutos. Cuando enseñó los trabajos a Bardo, éste lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Per Baco!

Dos retratos, muy convincentes, de él y Marone.

—No estaremos aquí, sino en Sicilia —explicó Marone—. No has ido allá desde los ocho años, según dices. Tus padres han muerto. El resto de la familia no te reconocería ya. Ni se extrañarán si no recuerdas cosas...

Bardo se echó a reír.

—Pero mi prima Rosetta sí me recordará. Era un diablo pecoso. Ella me hizo esto...

Enseñó el antebrazo, subiendo la manga del guardapolvos. Había allí una cicatriz violácea.

—¡Me quemó con un tizón de la chimenea porque le tiré de las trenzas!

Blake sonrió.

—La cicatriz se puede imitar —explicó—. No hace falta que sea tan grande... Sólo que haya una cicatriz...

Enrico Bardo sentía que su curiosidad era más viva cada vez.

—Me gustaría ir al Brasil —admitió quietamente—. ¡Cuando lo sepan mis parientes de la isla...!

—No lo sabrán, Enrico. —Marone puso el rostro serio—. Nadie debe enterarse de que has partido para Suramérica. Una indiscreción por tu parte y nuestras vidas corren peligro. Ni siquiera podemos decirte de qué se trata. Cuanto menos sepas, mejor para todos...

Enrico suspiró levemente.

—¿Qué sois, espías? —preguntó sorprendido.

—Algo parecido. Pero estamos al lado de la ley. Perseguimos a criminales sin conciencia que deben ser exterminados. Son peligrosos, muy peligrosos, y muy inteligentes.

¿Qué clase de bandidos pueden perseguirle en Sicilia? Enrico Bardo era listo.

—¡La Onorata Societa! —murmuró con repugnancia—. ¡La Mafia!

Silencio.

—Te acompañaremos hasta Génova —indicó Marone—, y te dejaremos en el barco. Prepara tu equipaje. Necesitarás ropa y otras cosas. Nos encargaremos de ello. Pero, recuerda, si aprecias en algo nuestras vidas, no escribas a la patria hasta que todo termine.

Enrico asintió con la cabeza.

—Es un trato, primo Luigi —afirmó...

CAPÍTULO VI

CIRIL Spencer Blake, ahora convertido en el pintor Enrico Bardo, se despidió de Marone en Roma. Llegarían a Sicilia separados.

Marone, usando documentación falsificada a nombre de Luigi Barone, sería un industrial de Milán en vacaciones. Por mediación del Ente Turistiche Nazionale, una oficina muy eficiente, habían conseguido, por separado, alojamiento en una pensión de Mondello, la famosa localidad turística a quince kilómetros de Palermo.

Blake había comprado un coche de segunda mano, en buen estado, uno de esos minúsculos Fiat que llenan las carreteras de Italia. Con la parte trasera del vehículo cargada de sus útiles de pintor, viajó hasta Reggio di Calabria y allí tomó el *ferry*, siendo transbordado a la costa de la isla de Sicilia.

Desembarcó en Messina y emprendió la marcha hacia Mondello por la carretera del litoral. Doscientos cincuenta kilómetros. Encuentran los sajones ciertas dificultades en la conversión de sus medidas a las de Europa, pero no le ocurría lo mismo a Blake. Su cerebro matemático funcionaba con la facilidad y rapidez de una computadora.

El panorama era soberbio. Aquella carretera, estrechada entre el azul mar y las hoscas montañas resultaba algo maravilloso. No podía sorprender que Italia fuese, desde siempre, tierra de pintores. Casi empezaba a creerse uno de ellos.

Pero sabía que el negocio que le llevaba allí era de otra índole, mucho más peligroso que captar paisajes en un lienzo.

El pequeño Fiat, un modelo «Seicento», se portaba bien. Blake lo había transformado, según indicación del mecánico a quien lo compró, con uno de esos equipos «Siata» y ahora disponía de una

cilindrada superior y mayor índice de compresión.

No lo forzó, sin embargo. Tardó tres horas en arribar a Mondello y buscó su alojamiento, la Pensione Della Mare, en la Vía Carboni, casi en las afueras de Mondello, muy cerca de la playa.

Encontró el lugar sin dificultad. Hizo alto ante la puerta de la «pensione» y descendió del vehículo.

Aquello estaba muy bien. Un edificio discreto y no mucho movimiento en esta época del año, mediados de primavera, cuando aún no llegaba la riada de turistas veraniegos.

Había un pequeño mostrador en la entrada y tras él se veía una estantería con casilleros para cartas y llaves. Una joven, bonita, por cierto, lo ocupaba ahora.

Blake llegó hasta allí. Vestía con el estudiado descuido de un pintor del país. Dio los buenos días.

—Me llamo Enrico Bardo. Deben tener una habitación reservada para mí.

La muchacha consultó el registro y luego levantó la cabeza, sonriendo.

—Il *Signore* pittore... Recibimos la carta del Ente Turistiche. Tiene un departamento en el ático, con luz suficiente, como se recomendaba. ¡Marco!

Marco, que no era sino un muchacho de rostro simpático y desvergonzado de alrededor de catorce años, acudió perezosamente.

—Ayuda al *signore* pittore a subir sus cosas. Ecco, *signore*, aquí tiene la llave...

En unos momentos, Blake y el muchacho cargaron con el caballete y demás impedimenta y subieron las escaleras. El ático era pequeño, pero limpio y, luminoso.

Blake sacó un billete de cien liras y se lo alargó al muchacho.

—¿Dónde puedo dejar el coche, Marco? —preguntó.

—¡Oh! El garaje de Vittore está muy cerca, en la casa de al lado.

Blake bajó a la calle y se llevó el pequeño Fiat al garaje. En el taller de reparaciones encontró a Vittore, un hombre de mediana edad, y llegaron rápidamente a un acuerdo. Vittore alojaría el coche por solo cinco mil liras al mes, o mil quinientas por semana si estaba menos tiempo, pago adelantado. Blake pagó un mes completo y volvió al estudio.

Luego, puesto que apenas eran las once de la mañana, se puso el

traje de baño y caminó hasta la playa.

Pero no se zambulló en el mar inmediatamente. Aún faltaba mucho para la hora de comer y le sobraba tiempo. Dio un largo paseo por la playa, pasando ante el castillo y llegó hasta el cabo donde se alzaba la Torre de Mondello, una vieja fortificación.

Existían en los alrededores construcciones verdaderamente lujosas; le llamó la atención una de ellas, edificada sobre un paraje rocoso. Desde lo alto de la torre, donde se podía entrar por la modesta contribución de cien liras, pudo verla a su sabor.

Era cuadrangular, con un enorme jardín en el centro. Allí había una piscina de agua azul. Las personas que estaban alrededor de ella podían disfrutar del agua y del sol sin ser molestadas.

Blake silbó asombrado; Parecía la residencia de un verdadero millonario. Estaba el jardín sembrado de estatuas bellísimas, tanto de mármol como de carne y hueso.

Usó sus prismáticos de bolsillo, tipo «espía». Tres muchachas con minúsculos «bikinis», dignas representantes de la humanidad toda. Porque una era blanca, otra, negra, y la tercera, asiática, posiblemente filipina.

—¿Dónde estará el gallo de este gallinero? —pensó Blake.

Lo descubrió, al fin, bajo la sombra de una parra; un hombre de edad avanzada, con largos cabellos blancos y nariz aguileña, tostado como el chocolate.

Se hallaba tendido en una hamaca de red y de vez en cuando bebía algo de un vaso. No tenía más que alargar la mano para tomarlo de la mesita.

«Villa Cesárea», decía el letrero, en hierro forjado, sobre la puerta de entrada al jardín exterior.

Blake tuvo su baño luego. Y cuando regresó a la pensión, a la hora de la comida, hizo alto junto al mostrador, ocupado ahora por el avisado Marco.

—Villa Cesárea —sonrió—. Una casa muy bonita. La he visto hace un rato.

—Es la residencia del conde Ugo di Montebello, un hombre muy rico.

Blake asintió y se dirigió hacia la escalera.

Justo en aquel momento, oyó el chirrido de los frenos y volvió la cabeza. En un taxi que había visto tiempos mejores, llegaba su

compañero Lewis Marone, ahora Luigi Barone.

Marone le vio, también. Pero aún no tenían necesidad de comunicarse; el Bureau estaba investigando en el lejano Oriente. Cuando tuviesen la información precisa, les enviarían un mensaje y llegaría el momento de actuar.

Mientras tanto, podrían gozar de la vida.

El mensaje llegó en forma de carta comercial, dirigido al *Signore* Luigi Barone, Pensione Della Viare, Mondello.

En él se le comunicaba que a consecuencia de la subida de materias primas, los suministros de pinturas y esmaltes para su fábrica de Milán sufrirían un aumento del siete por ciento. Y se le invitaba a que adquiriera cantidades mayores puesto que se sospechaban nuevos aumentos.

Pero Marone ni siquiera la leyó, no, por lo menos, en su forma actual; lo que hizo fue colocar encima una hoja de plástico rojo con ciertas misteriosas perforaciones.

Así se enteró sólo de las letras que le interesaban:

«Compradas cuarenta toneladas de opio por Martino Leone, treinta años, delgado, moreno, cinco pies nueve pulgadas, ciento cuarenta libras. Informe recogido en Hong Kong. Martino viaja buque “Michelangelo”, llegada a Génova el veinte. Se desconoce medio transporte mercancía. Sospechamos que Martino trabaja por cuenta de Richard Milazzo, que estuvo en Macao al mismo tiempo. Milazzo sacó billete TWA, destino Roma».

Eso era todo. Marone asintió con la cabeza. Todo concordaba. Las declaraciones de Battello tenían el sello de lo real.

Ahora, debía comunicarse con Blake. La hora del duro trabajo había sonado.

Con el pretexto de que prefería tener vistas a la playa, Marone consiguió cambiar la habitación que le destinaron cuando llegó por otra que estaba debajo del ático donde había montado su «estudio» Blake.

Sabía que en este momento se encontraba allí, porque oía sus pisadas de vez en cuando. Marone trepó a una silla y golpeó el

techo suavemente, con rápidos toques. Al cabo de unos instantes, otros golpes le indicaron que Blake estaba enterado.

Marone abrió la puerta media pulgada y esperó. Oyó los pasos de Blake, bajando por la escalera. Si alguien se cruzaba con él, no podría entrar; pero hubo suerte y su compañero llegó a la habitación sin ser visto.

—¿Qué tal, *signore* pittore? —sonrió Marone.

—Bien —sonrió a su vez Blake—. Espero que en tu fábrica de Milán todo marchará sobre ruedas...

Marone movió la cabeza. No sonreía ahora.

—Ha llegado el mensaje, Blake —murmuró—. Aquí lo tienes.

Blake leyó la hoja de papel, donde Marone trasladó la traducción. Luego la quemó cuidadosamente en un cenicero.

—Faltan cuatro días —observó en tono tranquilo—. He tenido mucho tiempo para pensar... Será aún más difícil de lo que creemos. Cualquier persona de por aquí, lo mismo carabinieri que comerciantes, jueces o maleantes, pueden ser miembros de la Mafia. Espero que podamos cubrir bien nuestras huellas. Mi personalidad puede ser investigada; también la tuya. Sé que todo es lo más perfecto posible. Si alguien pregunta a la fábrica de Milán, el departamento de personal contestará que, efectivamente, eres uno de los socios directivos. Pero quiero que redoblemos las precauciones. Marone encendió un cigarrillo.

—¿Cómo? —preguntó.

—Voy a ir a conocer a «mí» familia de Palermo. Ellos serán mi coartada. Y me parece aconsejable que no vigilemos directamente a ese Martino Leone. Contrata un detective particular por teléfono y págale por correo. Tengo la impresión, sin base, claro, de que esto será duro.

Marone asintió con la cabeza.

—Está bien —resumió—. No creo que te sea difícil convencer a la familia de que eres Enrico Bardo. Y yo iré a Palermo mañana para encontrar a ese detective. ¡Cuarenta toneladas de opio! No deben llegar al mercado americano...

Marone partió hacia el cercano Palermo utilizando el autobús. Una vez en la ciudad, se sirvió de la guía telefónica para localizar la agencia de detectives. Había dos y seleccionó la que le pareció menos importante.

Marcó el número de la oficina y le contestó una voz gruesa y enérgica.

—¿Agencia Nitti?

—Franco Nitti al habla, *signore*. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero que siga a un hombre y me dé cuenta de todos sus movimientos; dónde va, con quién se entrevista y todo eso. Arribará a Génova el veinte, en el «Michelangelo».

Marone oyó una exclamación al otro lado de la línea.

—¡Eso costará caro, *signore*! ¿Quién es usted?

Marone sonrió.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Diez mil liras por día, más gastos...

—Recibirá cien mil por correo esta mañana. Esté en su oficina todos los días a las ocho de la noche y yo le llamaré para saber lo que averigua. ¿Le parece bien?

—Va contra la ley —se quejó el detective—. Usted debería identificarse... Firmar unos impresos para mi registro...

—Será como digo. ¿Trato hecho?

Un suspiro resignado. Luego...

—Seguro... ¡Siempre que lleguen esas cien mil liras, *signore*!

—Llegarán... Una cosa, Nitti; tenga cuidado. Ese sujeto es peligroso; se llama Martino Leone, treinta años, mediana estatura, moreno...

—¡Oh, descuide! Yo soy listo y valiente, *signore*...

Marone respiró hondo.

—¡Tenga cuidado, Nitti! —repitió—. ¡Tenga c-u-I-d-a-d-o!

CAPÍTULO VII

BLAKE sabía que, por mucho cuidado que pusiesen en sus investigaciones, siempre quedaría algún cabo suelto. Y la Mafia tiene algunos de los mejores cerebros, así como mucho de los mejores ejecutores...

Sí, introducirse en la familia de Marone como el primo Enrico sería de gran utilidad.

Al día siguiente, mientras Marone contrataba al detective Nitti para los primeros pasos de la aventura, Blake, con su modesto «Seiscientos», arribó a Palermo. Buscó la dirección de los Bardo, En su memoria estaba todo tan preciso como si lo estuviese leyendo. Tío Piero Bardo, hermano del padre del verdadero Enrico Bardo, estaba casado con Tonina Marone, hermana del padre de Lewis, Tenían tres hijos, dos varones y una hembra.

El verdadero Enrico Bardo no les había visto desde que tenía ocho años y las personas cambian mucho en ese tiempo. No existía posibilidad de que sospecharan nada si representaba bien su papel, pero recordó las palabras de Enrico referentes a su rima Rosetta.

Sí, debía tener cuidado. Por tal razón, Blake se aprendió cuánto Enrico pudo contarle. Y tuvo que fabricarse una cicatriz, produciéndose una quemadura en el antebrazo derecho, de forma parecida a la que el pintor tenía.

Corso Vittorio Emmanuele, 212. Ese era el lugar. Lo halló sin dificultad y tuvo que preguntarse si no se habría equivocado. Porque la casa era una soberbia mansión rodeada por un jardín magnífico. ¿Tan ricos eran estos Bardo de Palermo?

Enrico no mencionó tal cosa, ni Marone lo sabía.

Blake se encogió de hombros. No importaba demasiado. Si eran personajes conocidos e influyentes, tanto mejor.

Saltó del coche y abrió la puerta de la verja que cerraba el jardín; caminó por el sendero de grava hacia la escalinata de acceso a la mansión, llamó tirando del cordón de la campanilla y esperó.

La puerta se abrió. Un sujeto joven, moreno, de mediana estatura y con la musculatura de un tigre joven apareció ante él. Llevaba una especie de uniforme de chófer...

Blake, con un sencillo pantalón azul y un jersey blanco, debía sentirse desplazado ante los lujosos alrededores, pero no dio muestras de ello.

—Busco a la signorina Rosetta —dijo tranquilo.

No sólo tenía musculatura de tigre aquel joven. Los ojos también parecían de fiera. Fijos, frío llenos de vida. A Blake no le gustó.

—¿Le espera la signorina? —contestó hombre—. ¿A quién debo anunciar?

Blake movió la cabeza.

—No me espera —aclaró sonriendo—. Se trata de una sorpresa... Si le digo mi nombre, estropeará la sorpresa, amigo...

El tipo uniformado avanzó un paso obstruyendo la entrada deliberadamente.

—¡Espere fuera! —ordenó, intentando cerrar puerta en las narices de Blake.

Y Blake, en su papel del artista Enrico Bardo hizo una genialidad, empujando la hoja con violencia y lanzando al descortés criado hacia atrás luchando para no perder el equilibrio.

El hombre lanzó una exclamación ahogada Blake se sobresaltó al ver el brillo de sus ojos, algo animal...

—¿Qué ocurre, Marino? —Era una voz de mujer.

Blake la vio. Aparentaba unos cincuenta y tanto años y vestía de negro. Tenía una pequeña mancha rojo oscuro en la mejilla izquierda.

Marino chilló rápidamente en un dialecto siciliano que resultaba difícil de entender.

La mujer le hizo callar con un imperioso ademán. Luego miró al desconocido Blake.

Blake sonrió.

—¡Hola, tía Tonina! —saludó haciendo una inclinación.

La dama de negro movió la cabeza.

—No te conozco, sobrino —exclamó—. Pero tienes sangre

violenta, como la de Don Piero y la de los Marone... Dime quién eres...

Una muchacha apareció entonces. Llevaba un ligero traje, pero Blake no tuvo tiempo de fijarse en las ropas. Aquella cara, los ojos, llenos de ímpetu juvenil, su gesto imperioso...

—¿Qué pasa, mamá? —intervino, mirando curiosamente a Blake—. Demasiado ruido para hora tan temprana...

—Nos visita un pariente —observó su madre—, pero no le reconozco. Quizás tú...

Blake hizo otra inclinación burlona.

—¡Prima Rosetta! —Movi6 la cabeza y se levant6 la manga del jersey, mostrando la falsa cicatriz.

Los ojos de Rosetta se entornaron. Luego se ech6 a reír ruidosamente.

—¡Primo Enrico! —corrió hacia él y le ech6 los brazos al cuello.

Blake la bes6. Aquello era como abrazar un saco lleno de perros y gatos, porque el cuerpo de Rosetta Bardo vibraba con la excitación del momento, aunque, desde luego, estaba muy lejos de parecer un saco.

—¡Enrico Bardo, el pintor! —gritó Rosetta—. ¡Aún te acuerdas de cuando te quemé en el brazo!

—No podría olvidarlo —sonrió Blake—. Espero que ahora no seas tan mala como cuando eras una niña...

Blake siguiendo la costumbre italiana, fue a besar a tía Tonina. Y ella le mir6, sin sonreír.

—Has tardado bastante en hacernos una visita, sobrino —indic6 incisivamente—. Marino, que preparen una habitación para el muchacho. Te alojarás con nosotros. Enrico.

Marino dirigió una mirada sombría a Blake y desapareció, cerrando la puerta de la calle.

—Bueno, tía —explic6 entonces Blake—, espero que no lo tomaréis a descortesía... Ya estoy alojado, en Mondello. He venido a pintar y aquel lugar me conviene...

—Como quieras... Ven a vernos con frecuencia mientras estés por aquí; no hay que perder contacto con la familia. Y sube a ver a tío Fiero, está bastante mal. Ya sabes que tiene veinte años más que yo. Se ha hecho viejo...

Rosetta le asió por el brazo y le llev6 escaleras arriba. La

habitación de Don Fiero era algo monumental. Y ante la puerta Blake tuvo que pasar junto a un criado, de esos que llevan chaleco a rayas con mangas, que se parecía al chófer, un tipo mal encarado.

—Tenéis unos criados que dan miedo —se burló el joven—. No tenía noticias de que erais tan ricos...

—¡Oh, la cosa no iba bien hace años! —sonrió ella—. Pero papá hizo unas jugadas de bolsa afortunadas y volvió la antigua prosperidad de la casa.

El lecho, con dosel, recordaba un campo de fútbol por su tamaño; el viejo Don Fiero Bardo sonrió a su hija y miró curiosamente a Blake.

—Es el primo Enrico Bardo, el pintor —aclaró ella—. Viene a verte...

El viejo asintió con la cabeza.

—Nadie se hace rico pintando —observó con sarcasmo—. ¿Quieres dinero? Rosetta, trae la caja...

Estaba sobre la mesita de noche. Era de acero y cuando la abrió la muchacha aparecieron fajos de billetes muy ordenados y sujetos con las fajas que salieron del banco. Billetes nuevos.

—Toma, quinientas mil liras —el viejo le echó cinco fajos, y tosió un poco.

Blake enrojeció.

—Bueno, tío, te lo agradezco, pero...

—¿Le haces asco al dinero? —masculló Don Piero—. ¿Y tú eres un Bardo? Tómalo antes de que me incomode... Y largaos de aquí. Necesito descansar, recuperar fuerzas. Creen que me voy a morir pero aún tengo que dar mucha guerra...

Blake se guardó los enormes billetes de mil liras en los bolsillos del pantalón. ¡Tenía que portarse como un Bardo! Lástima que el verdadero Enrico ignorara la generosidad de su tío rico. Se lo diría en la primera oportunidad.

—Vamos, primo Enrico. —Rosetta le sacó de la habitación—. Quiero que me cuentes cosas de tu vida... Siempre he recordado aquella temporada que vivías aquí, en Palermo... ¿Qué estás pintado ahora? ¡Oye! Me gustaría ser tu modelo...

Blake sonrió cuando bajaban la escalera, camino del jardín.

—Te haré un retrato, Rosetta —observó—. Te has convertido en una chica preciosa...

Rosetta se echó a reír con alegría.

—Y tú debes de haber cambiado mucho —explicó—. No sé... Tenía una imagen muy clara de aquel niño que eras... Pero ahora, al verte, la imagen se ha borrado... Es curioso... Anota tu dirección de Mondello en la agenda junto al teléfono. Iré a visitarte y me pintarás. No sé explicarlo, pero me he alegrado mucho de volverte a ver, primo Enrico...

El lujoso y potente «Ferrari» de Rosetta llamaba la atención de Marco, el hermano de Barbarella... Y Barbarella sentía curiosidad por la hermosa muchacha que venía a visitar al *signore* pittore Enrico Bardo.

Marco y Barbarella, hijos de los dueños de la pensión, eran curiosos; y mientras el muchacho inspeccionaba el coche deportivo a cada ocasión que se le presentaba, su hermana concentraba la atención en Rosetta. Por el permiso de circulación del coche averiguó su nombre y supuso que se trataría de alguna prima...

Para Blake, aquellos últimos cuatro días resultaron verdaderamente interesantes. Tal como había prometido, estaba pintando un retrato a Rosetta. Solían ir a bañarse a la playa y comían juntos en alguno de los pequeños restaurantes de Mondello.

Pero otras veces, Rosetta venía demasiado tarde para pintar, entonces iban a cenar y a bailar en alguno de los dos clubs del pueblo, el Della Vela o el Canottieri...

Dos días más y ya se conocían bastante bien. Una semana en Sicilia, pensaba Blake. Aquello no se parecía en nada a su trabajo habitual; tenía todo el aspecto de unas fantásticas vacaciones.

Pero en la noche de aquel sexto día, cuando Blake estaba vistiéndose para ir al club Della Vela con Rosetta, según había convenido, Marone llamó al techo.

Blake bajó a verle.

—Noticias de nuestro detective —sonrió Marone—. Nitti ha hecho un buen trabajo. Recibió a Martino Leone en Génova y le siguió hasta aquí. Se aloja en el Hotel Villa Igea, Palermo. Dice que cuando desembarcó estuvo hablando con otro de los pasajeros del buque. Averiguó el nombre. ¡Richard Milazzo!

Blake asintió con la cabeza.

—En algún lugar de la isla hay un laboratorio donde serán

transformadas en heroína esas cuarenta toneladas de opio — observó—. De alguna manera, buena parte del alijo será embarcado hacia los Estados Unidos. Creo que deberías pagar y despedir al detective, Marone. Un trabajo demasiado peligroso para él.

—Ya está pagado —asintió Marone—. Le dejaré seguir los pasos a Martino un día más y luego entraremos nosotros en escena. No creo que corra peligro. Tampoco puede identificarnos a nosotros. Sólo mantengo contactos por teléfono. Veremos lo que nos dice mañana.

El agudo zumbido del «Ferrari» hizo vibrar las paredes del edificio; Marone se asomó a la ventana.

—Ahí está «tú» prima —suspiró—. Es una chica muy guapa.

—Iremos a bailar esta noche —sonrió Blake—. Un pintor puede permitirse llevar una vida algo irregular...

CAPÍTULO VIII

A las ocho en punto de la noche, Lewis Marone marcó el número de la oficina del detective Nitti.

La voz de Nitti llegó claramente:

—¡Hola, amigo! ¿Qué tal andan las cosas por Mondello?

Marone se sobresaltó.

—¿Qué dice? Yo no...

—Americano, ¿verdad? —continuó con tranquilidad Nitti—. Martino viaja con pasaporte americano... Pregunté a la central telefónica la procedencia de la llamada... Comprendí que era conferencia interurbana cuando intervino la telefonista... ¡Y debería darse cuenta, mi desconocido cliente, de que estamos hablando en inglés!

Marone barbotó una maldición. ¡Era cierto! Aquel Nitti tema cerebro y sabía utilizarlo.

—No se le escapa nada, por lo que veo. —Marone se echó a reír.

—Soy listo, ya se lo dije. ¿Cómo podría ganarme la vida de detective privado si fuese idiota? Escuche, amigo, adivine dónde fue el señor Martino Leone esta tarde... ¡A Mondello! Sí, allá estuvo, visitando a un caballero muy conocido... ¡El conde Ugo di Montebello! Pero, no creo que ese aristócrata tenga nada que ver con un sujeto como Martino. Más bien pienso que deseaba entrevistarse con otro caballero que viajó con él en el «Michelangelo». Se llama Richard Milazzo... Le reconocí en cuanto le eché la vista encima. Con unos prismáticos se disfruta de buena vista desde la Torre de Mondello. La casa y el jardín de la villa se ven muy bien...

Marone golpeó el suelo con el pie. Blake tenía razón. Debía licenciar a Nitti; demasiado peligro para que aquel hombre siguiera

adelante en su investigación...

—Escuche, Nitti —habló con lentitud, del modo más serio que pudo—, ha hecho un buen trabajo y le estoy agradecido. Le mandaré una gratificación por correo... ¡Pero el caso ha terminado! No vuelva a acercarse a Martino o lo pagará caro. Ese sujeto es veneno. Usted es inteligente... Dé una nueva prueba de ello olvidándose de nuestro asunto. Buena suerte...

Marone colgó el teléfono. Estaba preocupado pero acababa de hacer todo lo posible para alejar al detective de aquel peligroso negocio... Esperaba y deseaba que Nitti le obedeciera.

Pero, de haber estado en la pequeña oficina de Franco Nitti, habría comprobado que casi nunca son las cosas tan sencillas como parecen a primera vista.

En efecto, Nitti colgó el teléfono y se echó hacia atrás sonriendo.

—Caso acabado, ¿eh? —murmuró—. En todo esto hay mucho más de lo que ve el ojo... Americanos todos, gente con dinero... ¿Ladrones internacionales? Puede ser... De todos modos, debería existir más dinero para que lo ganara un servidor. Sí, señor desconocido, no voy a perder de vista a Martino Leone ni a Richard Milazzo... Quién sabe...

Llegaron con el silencio de astutos felinos, sin producir el menor ruido. La puerta de cristales de la oficina se abrió con suavidad y en un segundo estaban allí...

Tres hombres, jóvenes, casi muchachos dos de ellos, vestidos de cualquier modo, como podrían verse a miles en las calles de Palermo; pero tenían un sello que los distinguía, algo inmaterial que los separaba de los seres humanos vulgares y corrientes.

Nitti pensó por un momento en un asalto con la intención de robarle; no era raro en Palermo encontrarse con bandas juveniles que podían llegar a ser verdaderamente peligrosas.

Pero Nitti pensaba de sí mismo como peligroso, también, y lo era, desde luego. Nunca llevaba la pistola en la funda que colgaba de su cinturón cuando se encontraba en la oficina, por razones de comodidad. Siempre la guardaba en el cajón de la mesa.

Lo abrió, tirando de él con la mano izquierda cuando fue a mover la derecha para tomar e arma...

¡Clomp!

El dolor le paralizó por unos segundos. El dolor, el asombro ¡y el

miedo!

¡Su mano derecha estaba clavada sobre el tablero de la mesa por un puñal plegable! Era uno de esos famosos cuchillos de muelles italianos llamados «stiletto». La precisión del que lo lanzó parecía cosa de brujería.

Nitti miró a sus atacantes y se quedó quieto; la mano le sangraba pero no se movió. Uno de los asaltantes le estaba apuntando con una pistola automática, una «beretta» del 6,35, pequeña pero mortífera...

Entonces, sólo entonces, les reconoció por lo que eran... ¡«Malandini» de la Mafia!

Nitti empezó a sudar copiosamente. El propietario del «stiletto» avanzó entonces con pasos de gato. Asió el mango del arma y tiró, libertando la mano de Nitti. Al mismo tiempo le empujó con violencia y el detective rodó por el suelo, con sillón y todo...

La eficacia de su acción, la deliberada manera en que procedían, y sobre todo su silencio, aterraron a Nitti... Vio que el joven del cuchillo limpiaba la hoja del arma en un papel, lo arrojaba a la papelera y plegaba la navaja, guardándosela en el bolsillo.

Se apoderaron del revólver de Nitti, sacándole del cajón.

Luego, el de la pistola movió la cabeza. El del cuchillo salió de la oficina. Nitti oyó el silbido apagado. Una señal.

Minutos después entraba de nuevo, acompañado ahora por un hombre como de treinta años, de rostro enjuto y duro y ojos tan brillantes como un carbón ardiente.

Este último sujeto iba vestido con chillona elegancia. Los otros le guardaban un medroso respeto.

Habló en dialecto siciliano, y lo hizo con toda precisión, sin malgastar las palabras:

—Has seguido a un hombre llamado Martino Leone. Quiero saber por qué; quiero saber quién te lo ordenó...

Si Martino era un miembro de la Mafia, confesar aquello sería firmar su sentencia de muerte. Desde el suelo, Nitti negó con la cabeza.

—¡No sé de qué me está hablando! —murmuró.

—¿No, eh? —El individuo moreno movió la cabeza pacientemente—. Estuviste en Génova, esperando la llegada del «Michelangelo».

—¡No, no!

Pero el otro no le prestó atención.

—Estuviste en Génova... Seguiste a Martino Leone hasta aquí. Luego, le pisaste los talones cuando fue a Mondello. Te vimos en la Torre, vigilando con tus prismáticos la villa del conde Montebello, siempre detrás de Martino. Habríamos podido echarte mano antes, pero queríamos saber quién estaba detrás de todo esto. No lo hemos averiguado, de modo que tendrás que decirlo tú...

Nitti negó de nuevo, moviendo furiosamente la cabeza. El individuo que llevaba la voz cantante pareció impacientarse. Hizo una señal con la cabeza y los otros tres cayeron sobre Nitti. Le amarraron las manos a la espalda con una cuerda de cáñamo y, seguidamente, le taparon la boca con un trozo de ancho esparadrapo.

—No tenemos mucha prisa —sonrió, enseñando sus grandes dientes, el sujeto bien vestido—. Vamos a convencerte de que hables. Cuando estés dispuesto a hacerlo, mueve la cabeza asintiendo...

Le ataron los pies a una de las patas de la mesa. Dos de los jóvenes le sujetaron el cuerpo, mientras el otro, aquél que lanzó el cuchillo, volvía a sacarlo del bolsillo...

¡Cling!

La hoja salió disparada, brillante, terrorífica... Con un gesto despreocupado, aquel muchacho, casi un niño, se inclinó sobre él y empezó a cortar... Como si hiciera rayas en una pizarra, sólo que las rayas cortaban la ropa y la región abdominal del desgraciado Nitti. Era tan afilado el cuchillo que uno no sentía nada de momento, pero luego el dolor clavaba sus garras hasta las entrañas...

No podía gritar. Sólo hacía un ruido raro por la nariz. El muchacho siguió cortando y cortando, imperturbablemente, y Nitti sudó, sudó tanto que encharcó el suelo por debajo de él...

Era insoportable. Franco Nitti, hombre duro si los hay se estaba convirtiendo en un niño aterrorizado, que habría llorado a gritos de tener la boca descubierta.

Movió la cabeza, asintiendo. Hablaría, diría lo que fuese, aunque le mataran, cualquier cosa antes que soportar semejante tortura.

Pero el sujeto bien vestido sabía mucho del mundo y de los

hombres; sabía por ejemplo, que Nitti hablaría. Hombres como castillos se deshacían bajo la tortura igual que manteca en una sartén. Aun así, y puesto que aquello no era para él nada personal, sino el cumplimiento de un trabajo habitual, deseaba no perder tiempo, quería que Nitti estuviese muy convencido...

Y cuando el verdugo de Nitti miró a su jefe, interrogándole con los ojos, Nitti pudo oír la escalofriante respuesta:

—Sigue un poco más. Déjale lo bastante «maduro»...

Y el cuchillo siguió cortando, cortando... Nitti temblaba como un azogado. Estaba al borde de la locura...

Sólo entonces, cuando el espanto reflejado en sus ojos era patente, el jefe dio la orden:

—¡Basta! —Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno—. Descubridle la boca...

De un tirón brutal le quitaron el esparadrapo... Nitti gimió, jadeante... El joven del cuchillo le acercó la hoja a la cara...

—No grites... Habla despacio... De lo contrario...

—Seguí... a ese... Martino..., Me contrató... alguien... Lo hizo por... teléfono. Me mandó dinero... por correo... No sé quién es... No sé por qué... quería saber de... Martino... ¡Por Dios, les juro... que no sé... más!

Aquello no era bastante, evidentemente. El hombre bien vestido movió la cabeza...

—Tendremos que darte más «persuasión»...

—¡No, no! —Nitti revolvió los ojos como un caballo enloquecido—. Averigüé algo... Pregunté a la central telefónica... Me llamaban desde Mondello... Y ese hombre... el que me contrató, es americano. Lo adiviné y no lo negó...

—¿Qué es lo que le contaste?

—Casi nada... Que Martino Leone llegó y se quedó aquí, en Palermo; que fue a Mondello y entró en la villa del conde... Que vi allí a otro americano, Milazzo... Nada más, no sé más... Él me llamaba por teléfono todos los días a las ocho, y yo le daba el parte...

Aquello parecía interesante.

—¿Ha llamado ya hoy? ¿Llamará mañana?

—No... Me despidió hace un momento. Dijo que ya no quería mis servicios...

Por un instante, cuando el hombre bien vestido se puso en pie y encendió otro cigarrillo, Franco Nitti se olvidó de sus dolores. ¡Era su vida la que estaba en juego!

¿Qué iba a pasar? Realmente no sabía casi nada; lo que había visto con respecto a aquellos dos americanos, Leone y Milazzo, podría olvidarlo si la Mafia se lo ordenaba.

Realmente, de haber sido otras personas, de haberse tratado de otro asunto, las órdenes de aquel ejecutor no serían tan severas. La siniestra Hermandad sabía muy bien que una simple indicación era obedecida al pie de la letra...

Desgraciadamente para Nitti, las instrucciones en este preciso caso resultaban terriblemente duras. Averiguar lo que hubiese y suprimir peligros, por pequeños que fuesen,...

Por eso, el corazón de Nitti dio un salto cuando oyó:

—¡Cubridle la boca! —Nitti intentó esquivar, pero no pudo evitarlo—. ¡Termina con él, Paulo!

Nitti botó en el suelo; dos de los atacantes lo sujetaron.

El del cuchillo se inclinó sobre él.

Le asió por el pelo.

Luego, sin la menor muestra de emoción, le cortó la garganta de oreja a oreja.

CAPÍTULO IX

LEWIS Marone tenía por costumbre dar un paseo matinal y lo hacía bastante temprano.

Aquella mañana ya estaba en la playa cuando amaneció. Se dirigió hacia el Sur, a buen paso, respirando el fresco aire, y dando una carrera de vez en cuando, el entrenamiento de los boxeadores. Llegó hasta el cabo, la Punta Celesi, y allí se detuvo.

Entre las rocas estaban algunos pescadores de caña, entregados a su distracción favorita, y Marone actuó de mirón durante casi media hora.

Luego dio la vuelta para regresar a la pensión, pero no por la playa, sino corriendo por la Vía Regina Elena.

Terminado el paseo, cuando cruzaba la Vía Principe di Scalea, hizo alto junto a un puesto donde se vendían periódicos, adquiriendo «Il Solé di Palermo».

Le interesaba la prensa local. Había nacido en los Estados Unidos, pero su padre hablaba mucho de la tierra natal de la familia y muchas de las cosas que leía le resultaban familiares.

Iba a guardarlo en un bolsillo cuando una palabra, una sola, le hizo estremecerse.

«Detective...»

Abrió el periódico. La noticia estaba en primera plana:

«DETECTIVE PARTICULAR TORTURADO Y
ASESINADO EN SU PROPIA OFICINA»

Recorrió con la vista el artículo. Nitti, Franco Nitti, trabajó para ellos, ganando cien mil liras, perdiendo la vida...

Apresuró el paso y entró en la pensión. Si dirigió rápidamente a su cuarto y buscó su pipa, cargándola y encendiéndola. Nitti asesinado... ¡«Ellos» estaban sobre la pista!

Tenía que decírselo inmediatamente a Blake. El joven se levantaba tarde; casi todos los días iba a algún club, a bailar con «su» prima, y se acostaba a últimas horas de la noche.

Demasiado temprano para golpear el techo. Mucha gente despierta ya y, al mismo tiempo, poco ruido...

Su mirada cayó sobre el radiador de la calefacción, ahora fuera de servicio.

Lo golpeó con suavidad, golpes rápidos y roces, rayas y puntos...

Raya... Punto... Raya... Punto... Raya... «Llamada».

Blake debería estar durmiendo. Repitió la llamada. El metal, aquel tubo que atravesaba el techo, transmitiría el sonido mejor que las vigas...

Blake contestó... Punto... Punto... Raya... Raya... Punto... Punto... Signo de interrogación... Rápidamente, Marone transmitió:

—¡Ven!

Mantuvo la puerta entornada. Alguien bajó por la escalera y Marone oyó a Marco discutiendo algo con su hermana...

Luego, la puerta se abrió con brusquedad y allí estaba Blake; cerró la puerta y bostezó.

—Estaba soñando que me casaba con tu prima y ya era hombre rico...

Marone no perdió su cara seria. Le alargó el periódico a Blake y el joven dejó de bromear... Nitti, muerto...

—Le descubrieron —movió la cabeza—. ¡Pobre hombre! Debimos saber que este juego es sólo para profesionales de primera división... Ahora conocen que se les vigila...

—Y no sólo eso, Blake. —Marone hizo un gesto desesperado—. Nitti era un tipo listo... Por la central telefónica averiguó que se le llamaba desde Mondello... Y que soy americano...

Eran noticias graves.

—Ahora buscarán a un americano que está en Mondello —asintió Blake—. Tenemos buenas coartadas. Desde luego, es muy posible que le sacaran a Nitti todo cuanto sabía. Pero no podemos hacer otra cosa que esperar los acontecimientos. Puesto que deben saber que Nitti nos informó de los movimientos de Martino y de

Leone, tomarán precauciones. Vigila el hotel Villa Igea de Palermo...

—Saldré enseguida —asintió Marone—. Nos veremos en la playa; estaré tomando un baño alrededor de las doce...

Blake vigiló desde la puerta. La escalera se hallaba desierta. Salió veloz y volvió al ático. Había una arruga de preocupación en su frente.

¿Habría llegado el siniestro cargamento de opio a Sicilia? ¿Dónde estaría el laboratorio clandestino para transformarlo en heroína? ¿Por qué Milazzo y Martino se entrevistaron en la villa del conde Montebello?

Blake colocó un nuevo lienzo en el caballete y se concentró en el planeamiento de un nuevo cuadro, bosquejándolo con los apuntes que tomara días antes de la villa del conde Ugo di Montebello.

Era una muestra de su preocupación. La villa le atraía. Ocupaba una considerable porción de terreno, con el parque que tenía detrás, y allí podría ocultarse algo importante.

Sólo que era muy improbable que el viejo conde tuviese algo que ver con los «mafiosos»...

¿Qué haría de hallarse en los zapatos de Milazzo y Martino? Esto pensaba Marone cuando llegó a Palermo en el autobús. Complicados como estaban en un asunto de millones de dólares, al menor signo de peligro debían desaparecer como conejos en la madriguera. La Mafia tenía un poder ilimitado en Sicilia y podía ponerles a cubierto de sus enemigos.

Marone razonó que, posiblemente, ya habrían abandonado el hotel.

Convenía averiguarlo. Buscó un teléfono público en las proximidades del establecimiento y efectuó una llamada.

—Hotel Villa Igea —la voz sonaba incolora, profesional, la de una muchacha que contestaba a cientos de preguntas cada día.

—Quiero hablar con el señor Martino Leone, por favor.

—¡Aguarde un momento! —La voz perdió la indiferencia, o eso le pareció a Marone.

Poco después, la voz de un hombre llegó claramente.

—*¡Signore!* Le ponemos con el *signore* Leone... Dispense, ¿qué hora tiene?

Marone sonrió.

—Las diez y media —contestó luego de consultar el reloj.

—¡Mi lie grazie, *signore*! Aguarde un momento... Hay avería en la centralilla, pero le damos comunicación súbito...

¿Qué iba a decir cuando Martino se pusiese al aparato? Marone sonrió otra vez... Y se quedó serio repentinamente...

¿Por qué la telefonista del hotel llamó a otra persona? ¿Por qué le habían preguntado la hora? ¿Por qué tardaban tanto en darle comunicación?

¡Una contraseña! Al preguntarle la hora tenía que contestar algo; no lo hizo y ahora procuraban retenerle en donde estaba... ¡Investigaban de dónde procedía la llamada!

Marone no colgó. Dejó el aparato sobre la guía y escribió algo en letras de imprenta con su bolígrafo, al margen del libro:

«Cornuto mafioso».

Abandonó la cabina y entró en un cercano café. Pidió un vermut blanco y vigiló la calle...

Los minutos transcurrieron lentamente... Luego, aquellos muchachos corriendo...

Venían de las cercanías del hotel, y no eran tan muchachos. Tipos descuidadamente vestidos, de rostros duros... ¡«Malandini» de la Mafia!

Cesaron en su carrera al ver que la cabina estaba vacía. Marone arrugó el entrecejo, al considerar el poder de la organización contra la cual trabajaban él y Blake. Tenían gente en el hotel, tenían gente en la compañía de teléfonos. Habían rastreado la llamada en un tiempo récord...

Uno de los sujetos, algo gordo, pasó al interior de la cabina, colgó el teléfono y leyó lo escrito por Marone. Arrancó la cubierta de la guía y se la llevó en el bolsillo.

Bien, Milazzo y Martino no se hallaban en el hotel, sino escondidos en sitio seguro. El hotel era ahora una trampa mortífera. Marone terminó su vermut y salió tranquilamente a la calle.

Se dirigió hacia la parada del autobús, para regresar a Mondello...

Y en la parada final, en la esquina de la Viale Príncipe Scalea, se tropezó con Barbarella, la hija de los dueños de la pensión, que salía

para Palermo.

—Buon giorno, *signore* Barone —saludó la muchacha.

—¡Addio!

Una buena hora para el baño. Ya había gente nadando; nadie prestaría atención cuando se acercara a Blake. Tal como estaban las cosas, era uno de los pocos sitios seguros donde podrían hablar.

El hombre chillonamente vestido llegó a la pensión acompañada por tres jóvenes con atuendo veraniego, poco antes de las doce...

Aquel hombre tenía algo especial, aparente sólo cuando se le miraba por segunda vez. Eran sus ojos, de serpiente, fijos, inalterables, negros y luminosos a la vez...

Tras el mostrador se encontraba el pequeño Marco. El hombre sonrió, enseñando unos dientes agresivos.

—Llama a tu papá, chico —dijo quietamente.

Marcó llamó. Su padre pasaba buena parte del día en el patio, bajo la parra, tumbado en una hamaca y bebiendo vino de Catania, que le gustaba muchísimo.

A la llamada de su hijo, acudió de mal talante. No le agradaba que le molestaran; era un contemplativo.

Pero cuando vio el rostro del individuo palideció, olvidándose de sus rencores.

—Che cosa volete? —preguntó.

—Buscamos a un americano —fue la cortés respuesta.

«Buscamos»... El *signore* Pieri sintió frío y empezó a sudar, dos reacciones contrarias...

—No hay americano en mi pensión, *signore* —exclamó, diciendo la verdad.

Mostró el registro y el otro le repasó con cuidado. Doce habitaciones, pero sólo seis estaban ocupadas. La riada de turistas no había empezado aún...

Recorrió con el dedo los nombres de los inquilinos, haciendo casuales preguntas acerca del aspecto de ellos. No conocía al hombre que buscaban; sabían, sin embargo, que debía ser joven y reservado...

—¿Marone? —indicó.

—¡Oh, el *signore* Marone! —Pieri habló rápida y nerviosamente—. Es un hombre fuerte, silencioso... Apenas molesta, casi no habla...

Su hija llegó en aquel momento; Barbarella regresaba de Palermo, donde fue a comprar algo...

Se colocó tras el mostrador, sonriendo agradablemente. Aquél era asunto suyo. Ella era la encargada de la recepción...

Entonces vio la frente perlada de sudor de su padre, y el aire siniestro del hombre que le interrogaba. Miró hacia la puerta. Aquellos jóvenes con aire distraído...

En Sicilia, todo el mundo sabe de la Mafia, a partir del momento en que tienen uso de razón. Barbarella palideció...

—Mi hija —presentó el nervioso Pieri—. Ella atiende directamente a los clientes...

El hombre cetrino la miró fríamente.

—¿Sabe algo de Marone? —preguntó.

—¿Marone? —Barbarella se estremeció—. Un hombre tranquilo, no habla con nadie... Me tropecé con él cuando fui a tomar el autobús. Venía de Palermo...

—¿Cuándo? ¿Qué hora era?

—Pues, alrededor de las once...

Podía no significar nada. Otros agentes de la Mafia estaban registrando Mondello, en busca del misterioso americano que hacía seguir a Milazzo y a Martino Leone...

Pero, no podía despreciarse el indicio. Aquel hombre podría haber estado en Palermo en el momento en que llamaron al hotel...

Hizo un gesto y dos de sus amigos le siguieron escaleras arriba, hasta la habitación de Marone; Pieri les dio la llave sin la menor protesta.

Otro de aquellos sujetos se quedó en la puerta, perezosamente apoyado contra el quicio.

Veinte minutos más tarde bajaron.

—¿Dónde estará Marone ahora? —quiso saber el individuo cetrino.

—Bañándose —respondió Barbarella—. Todos los días lo hace, a estas horas.

El siniestro sujeto dejó la llave sobre el mostrador.

—Olviden esto. No digan nada a Marone...

Se marcharon. Barbarella miró a su padre...

—¿Serán gente de la...?

—¡No lo digas!

CAPÍTULO X

A cosa de las tres de la tarde, Marone estaba durmiendo la siesta, una costumbre local. Había estado pensando acerca de cómo seguir la investigación.

Blake y él hablaron, zambullidos en el Mediterráneo y estuvieron de acuerdo en que era imperativo descubrir el paradero de Martino, porque Milazzo era demasiado importante en la Orden para estar cerca de nada peligroso. Sólo habría venido para supervisar la operación.

Entrar en Villa Cesárea, ése era el problema. Y justo entonces, el agudo zumbido del «Ferrari» de su prima Rosetta sonó en la calle.

Extraña situación; le hizo sonreír a Marone. Blake, haciéndose pasar por Enrico Bardo y él mismo, con el nombre de Marone, sin poder hablar con su prima Rosetta ni con sus parientes de Palermo...

Se tiró de la cama y comenzó a vestirse. Estaba concluyendo cuando oyó el chirrido de la puerta. Se volvió hacia ella...

¡Unos hombres se precipitaban en su habitación!

Marone maldijo su estupidez por tener la pistola en el armario; desde que supieron de la muerte de Nitti debería estar armado a todas horas...

Levantó el puño... y lo bajó lentamente. Dos de aquellos hombres tenían cuchillos; el otro empuñaba una pequeña «Beretta»...

—¿Qué demonios buscan aquí? —Tendría que defenderse con palabras.

Al fin y al cabo, aquella gente no podría haberle identificado de un modo cierto.

—Pronto lo sabrá, amigo —el sujeto bien vestido, el que tenía la

pistola señaló hacia la cama—. ¡Siéntese!

Marone se dejó caer en la cama. Alargó la mano y tomó la pipa de encima de la mesilla. La cargó con tranquilidad y la encendió...

—*Signore* Marone —el sujeto bien vestido le miró fijamente—. De Milán... Eso dice su documentación. Pero tiene trajes con etiqueta americana, zapatos americanos, camisas americanas, dos libros americanos... ¡Usted es americano!

¿Qué podía hacer Marone? ¿Negar? Aquellos tipos le tenían en sus manos; le harían pedacitos sólo por pasar el tiempo.

Vació la pipa, golpeando el tubo de la calefacción...

Rosetta subió las escaleras de dos en dos. Empujó la puerta violentamente y se lanzó sobre el hombre que ella creía su primo Enrico.

Era así de impetuosa.

—Primo —sonrió, luego de besarle en la mejilla—, creo que me estoy enamorando de ti...

Blake se sobresaltó. No entraba en sus cálculos comprometerse con la linda muchacha.

—No te gustaría un pintor por marido —indicó burlonamente Blake—. Además gano muy poco dinero...

—¡Oh, pero yo tengo mucho! Mi padre es rico... —Vio la expresión irónica de Blake y se irritó—. ¡Maledetto pittore! ¡Te mataré por burlarte de mí!

Agarró el cuchillo que Blake usaba para rascar la pintura de la paleta y arremetió contra él como una tigresa.

Blake se sobresaltó. Podría ser de broma, pero tuvo que apresurarse a sujetar el brazo de su prima y apretar de firme para hacerla soltar el cuchillo...

La furiosa joven tenía una mueca tan iracunda que casi le conmovió. Suavemente la besó en la boca y ella dejó de debatirse, devolviéndole el beso...

Pero aquello no podía seguir, demasiado peligroso...

—Continuaremos tu retrato —propuso, y fue a quitar del caballete el estudio que tenía allí, referente a la villa del conde Montebello...

—¡Espera! —indicó Rosetta—. Eso parece...

—La villa del conde... Está frente a la torre. Ojalá pudiese

pintarla desde dentro... Me imagino que ese aristócrata no querrá oír hablar de ello...

—¿El conde Ugo? —Rosetta se echó a reír—. Es un caballero muy amable, admirador del arte...

—Y de las muchachas bonitas —sonrió Blake—. Tiene unas cuantas...

—¿Se ve eso desde fuera? —Rosetta movió la cabeza—. El conde Ugo es gran amigo de mi padre. Iremos a visitarle esta tarde y le diré lo que quieres. Estoy segura de que no se negará...

¿Pasaporte para franquear las verjas de Villa Cesárea? Podría ser. Blake se sintió complacido consigo mismo. La casualidad venía en su ayuda.

Entonces oyó los golpecitos en el tubo de la calefacción.

«¡M-e t-I-e-n-e-n! ¡T-r-e-s h-o-m-b-r-e-s!».

Blake sintió un escalofrío... ¡Recordó lo que le pasó a Franco Nitti!

—Quítate los zapatos y ponte cómoda —ordenó afablemente—. Voy en busca de unas bebidas frescas... No te muevas de aquí...

—¿Moverme? —Rosetta sacudió la cabeza—. Estaré aquí cuando vuelvas, seguro...

Blake salió a la escalera y bajó silenciosamente. Sus zapatos con suela de goma no producían el menor ruido.

La puerta de Marone estaba cerrada. Pero la cerradura no era gran cosa; tomó impulso y se lanzó contra ella. La hoja cedió con ruido, chocando contra algo...

Se oyó un grito de sorpresa... Un hombre, derribado por el impacto, fue a parar encima de la cama...

Otro, cuchillo en mano, cayó sobre Blake. No hubo mucho ruido, sólo el necesario. Los agentes de la Mafia no dudan de su eficacia...

Pero Blake era cosa aparte. Con un movimiento imposible de seguir con la vista, asió la muñeca armada de su enemigo, abrazándole por la cintura en judo. El hombre voló por encima de su cadera, chocando con el sujeto que tenía la pistola...

Los dos cayeron al suelo. Los dos intentaron levantarse al momento; el más joven aún con el cuchillo en la mano, saltó ágilmente...

¡Crach! El borde encallecido de la mano derecha de Blake golpeó horizontalmente en la garganta del «mafioso», justo encima de la

nuez. La laringe, fracturada por el golpe de karate, obstruyó las vías respiratorias del hombre...

Corrió como un loco tropezando con las paredes, las manos en la garganta, muriendo lentamente...

El tipo de la pistola, con el rostro ceniciento de terror, levantó la «Beretta» automática, dispuesto a acabar con Blake. En una décima de segundo lo conseguiría...

Blake tendió el brazo, ya estaba tendiéndolo cuando el bandido inició el movimiento. Lo sacudió como un látigo, con el puño cerrado, uno de los nudillos sobresaliendo del resto...

¡Clac!

Aquella huesuda falange tenía la consistencia de la piedra. Bajo el terrorífico impacto, sobre el puente de la nariz, el cráneo se rompió y el cerebro resultó dañado... El pistolero se derrumbó lentamente...

Por el rabillo del ojo, Blake podía ver la pelea de Marone con el tercer asesino; Marone llevaba la peor parte, boxeando como un campeón. El bandido trató de alcanzar la puerta y huir...

Pero, la dura ley de la subsistencia le negaba toda posibilidad; conocía la identidad de Marone y, peor aún, la de Blake. Tenía que morir...

Pensaba a toda velocidad.

Llegó a asir el pomo de la puerta, tiró de él frenéticamente y la abrió un poco...

¡Crach!

Otro golpe horizontal con el borde de la mano. El asesino quedó muerto en el acto, con las vértebras cervicales fracturadas... Cayó pesadamente.

—¡Te conocen, Lewis! —Blake habló rápidamente—. ¡Huye por la ventana!

Marone abrió el armario y la maleta, tomando su revólver del 38.

—¡Llévate el coche de Rosetta! ¡Siempre deja la llave puesta! ¡A Messina y luego a Roma! ¡Espérame en la Embajada!

Blake salió a la escalera. ¿Cuánto había durado la lucha? Treinta segundos... Cuarenta...

Cuando llegó al recibidor, encontró que el dueño, *signore* Pieri, estaba tras el mostrador, con su hija Barbarella...

—Dos «Cocas» bien frías, Barbarella —sonrió—. ¡Vaya jaleo que hay en esa habitación! Parece que se están matando...

Pero Barbarella siguió inmóvil, pálida, y su padre temblaba incontrolablemente. Un hombre, joven, y pintorescamente vestido, que estaba junto a la puerta, corrió hacia la escalera...

Se detuvo, lanzando una exclamación... El pistolero bien vestido, aquel sujeto cetrino que tenía una «Beretta», bajaba a su encuentro.

Se mantenía en pie porque se apoyaba en la pared; tenía la mirada perdida... De pronto puso los ojos en blanco y las piernas cedieron bajo él...

Cayó rodando por los peldaños...

Había vivido unos momentos más de lo esperado, pensó Blake, pero no podía durar mucho...

El joven tiró furiosamente de algo que llevaba en un bolsillo del pantalón, otra pistola «Beretta», y subió los escalones de dos en dos...

Pero Marone acababa de saltar a la calle. Blake le vio entrar en el «Ferrari» de Rosetta...

—¡Eh! —gritó—. ¡Salga de ahí! ¡Ladrón!

Corrió hacia el «Ferrari», llegó antes de que arrancara Marone y alargó la mano, cogiéndole por el cuello.

—¡Gamberro! —sonrió Marone, y le dio un ligero puñetazo...

Blake hizo un buen número... Saltó hacia atrás como golpeado por un martillo pilón... Quedó sentado en la acera, frotándose la barbilla, mientras el pistolero que tan rápidamente subió a la habitación de Marone volvía a bajar y descolgaba el teléfono que estaba sobre el mostrador.

Marcó un número y empezó a hablar en rápido dialecto siciliano.

Rosetta Bardo apareció entonces...

—¿Qué ocurre, primo Enrico? —preguntó—. ¿Se han vuelto locos aquí?

—No sé. —Blake aparentó la mayor indiferencia—. Un borracho se ha caído por la escalera y alguien robó tu bonito coche... Barbarella, dos «Cocas», por favor...

La muchacha reaccionó entonces. Sin pronunciar palabra, trajo de la cocina las dos botellas y Blake empujó a su prima hacia la

escalera.

—Volvamos al estudio —sonrió—. Creo que debes informar a la policía del robo...

Pero Rosetta no parecía preocupada.

—Ya lo haré... luego —sonrió a su vez.

No eran borrachos lo que otros hombres que llegaron luego se llevaron en un coche grande. Tres hombres, los tres que habían subido a la habitación del *signore* Barone...

Pero Barbarella y su padre estuvieron mirando hacia otro sitio durante la operación. Era la ley de la Mafia. No habían oído nada, no habían visto nada...

Durante siglos había sido así, y seguiría durante siglos. No es que fuesen a olvidar lo que ocurrió; más aún, para ellos no había ocurrido.

En unos minutos, tras la partida de aquellos hombres, todo volvió a la normalidad...

—Habrá que arreglar la habitación del *signore* Marone —murmuró Piero, sin mirar a su hija—. Nuestro cliente no volverá...

Barbarella asintió con la cabeza.

Marone no volvería. Estaría ahora en el lujoso «Ferrari», volando por la carretera, probando a escapar, pero nadie lo conseguía jamás. Marone no lo sabía, pero ya estaba muerto...

Barbarella, a pesar de su juventud, había oído cosas...

CAPÍTULO XI

SOLO quince kilómetros hasta Palermo y doscientos treinta y dos hasta Messina, unas ciento cuarenta y cuatro millas...

Lewis Marone movió la cabeza y pisó el acelerador del pequeño y potente coche... El «Ferrari» zumbó como un abejorro. Corría de un modo espléndido, pero, de súbito, el joven supo que nunca lo lograría. «Ellos» le atraparían con relativa facilidad...

¿Qué podría hacer? Si le agarraban vivo no se hacía ilusiones acerca de lo que sucedería. Le arrancarían cuánto sabía. No importa lo fuerte y decidido que sea un hombre, la tortura acaba con él...

Tenía que hallar una solución distinta a probar pasar a la península; la encontró con la rapidez que le era característica. No era muy seguro, pero valía más que nada.

Un gigantesco camión apareció a la vista. Marone no le adelantó. Por el contrario, disminuyó la velocidad y se pegó a la trasera. El conductor del camión hizo señales, sacó la mano, pero Marone se mantuvo detrás.

El «Ferrari» era demasiado visible, un punto de referencia inconfundible y tenía la corazonada de que «ellos» estaban esperándole ya en aquellos cortos kilómetros que le separaban de Palermo...

No se confundió. Al pasar por delante de una gasolinera, Marone oyó el gemido de gomas patinando y echó un vistazo atrás por el retrovisor.

Un coche grande, potente, aunque posiblemente no tan veloz como el «Ferrari» emprendía la persecución. Por fortuna sólo le habían visto después de pasar.

Ahora sí que Marone adelantó al camión y pisó a fondo. Palermo a la vista...

Semáforos, «carabinieri», policía... No le servía de nada. Terció por una calle lateral y frenó bruscamente.

Abandonó el vehículo y se alejó de allí sonriendo. Aún no estaba perdida la batalla...

Tomó un taxi lo abandonó en los primeros números del Corso Vittorio Emmanuele. Allí vivían sus parientes, pero no podría ir directamente. Sabía la clase de enemigo con quien se enfrentaba.

Entró en un almacén y buscó una cabina telefónica. Marcó el número de sus tíos y esperó.

Luego, una voz de hombre le informó de que estaba hablando con la residencia de los señores Bardo.

—Quiero hablar con Doña Tonina, por favor. Dígale que es su sobrino Luigi...

Hubo una pausa. Poco después...

—Enrico...

—No, tía, soy Luigi Marone, el hijo de Cario...

—¡Luigi! ¿Me llamas desde América? ¿Está tu padre malo?

—Te llamo desde Palermo. Mi padre goza de buena salud y yo estoy haciendo un viaje... Me gustaría visitarlos.

—Pues, claro. Creí que se trataba de tu primo Enrico Bardo, el pintor, que está aquí desde hace unos días... Bueno, ven a vernos.

—Hasta luego, Tía Tonina.

Marone colgó el aparato y vigiló atentamente la calle. La casa de sus tíos sería un buen escondite. La Mafia no conocía su verdadera identidad y les sería imposible perseguirle si tenía cuidado.

Salió a la calle y avanzó hacia la casa. Se detuvo para encender un cigarrillo y, rápidamente, cruzó la puerta del jardín.

Un momento después estaba abrazando a su tía Tonina y tomando un Martini blanco, cómodamente sentado en el jardín.

—Tu tío se encuentra muy mal —le explicaba su pariente—. Demasiado viejo, aunque él no quiera creerlo. Debería dejar sus negocios...

Marone movió la cabeza.

—Mi padre ya se retiró del cuerpo de policía de Washington, —indicó sonriendo—. Está muy bien...

Tía Tonina asintió con la cabeza.

—¡Qué casualidad! —observó—. Hacía muchos años que tu primo Enrico Bardo no venía por aquí... Y ahora, de pronto, os

presentáis los dos. Tienes que ir a verlo. Tu prima Rosetta está con él, en Mondello. Creo que le hace un retrato... Te prestaré un coche... ¿Dónde has metido tu equipaje? Mandaré al hotel para que lo recojan. Te alojarás con nosotros mientras estés aquí.

Marone terminó su Martini.

—Ocurre algo que debes saber tía —explicó—. He perdido mi equipaje y no puedo recuperarlo. ¿Sabías que soy agente federal? Pertenezco al

F. B. I.

americano. Mi viaje a Italia no es de placer. Persigo a una banda de contrabandistas de drogas.

La severa tía Tonina le miró con curiosidad.

—¿De veras? —se asombró.

—Así es. Hubo un ligero problema en Montello y me vine aquí, con la esperanza de poder ocultarme en vuestra casa durante algún tiempo...

Tía Tonina le miró seriamente.

—Espero que no sea nada grave —afirmó—. Claro que puedes quedarte. Voy a ver a tu tío. Te mandaré otro Martini...

Marone empezó a cargar su pipa y el criado que le había abierto la puerta llegó con el nuevo Martini...

Tuvo que felicitarle por su idea de acudir a casa de sus tíos... Allí no corría peligro...

Blake avanzó mucho en su retrato de Rosetta. No aparentaba la preocupación que sentía, pero confiaba en el buen juicio de Lewis Marone para que pudiese sortear todos los peligros.

En cuanto a Rosetta, a los cuarenta minutos de estar posando, ya se impacientó. Demasiado tiempo para estarse quieta.

—Ya seguiremos otro día, Enrico —sonrió, poniéndose en pie—. Vamos a hacerle una visita al conde Ugo.

Posiblemente no habría ningún secreto en Villa Cesárea, pero aquel lugar le interesaba. Milazzo y Martino Leone se dejaron ver allá...

—Está bien. —Blake dejó los pinceles y la paleta—. Pero no apareceremos ante la puerta del conde en tu formidable «Ferrari». Tendrás que conformarte con mi modesto «Seiscientos»...

En la calle zumbó agudamente el motor de un «Ferrari»... Blake

sabía que el coche de Rosetta, con Marone al volante, estaba camino de Messina; aun seguro de ello se asomó a la ventana.

El pequeño coche acababa de detenerse junto a la acera. Lo tripulaba un joven con suéter blanco. Le vio saltar a tierra y marcharse tranquilamente.

Miró la placa de matrícula...

¡Era el coche de Rosetta!

¡Marone no había llegado a Messina!

¿Le habían capturado o Marone prefirió buscarse un escondrijo cerca de Montello? De todos modos, ¿cómo devolvían el coche a su procedencia?

Luchando con el deseo de salir corriendo tras el joven que trajo el «Ferrari», Blake se volvió hacia Rosetta.

—Los ladrones de Sicilia son extraordinarios —observó—. ¡Ahí está tu coche nuevo!

Pero Rosetta se encogió de hombros. No parecía impresionarle ni el robo ni la devolución...

—Salgamos de aquí —pidió.

Blake sentía curiosidad por ver la manera de recibirles que tenía el conde. Desde luego, no pudo ser más cordial.

La verja del jardín estaba bien guardada. El criado que había tras la puerta llamó por teléfono a la casa y pronto apareció el conde en persona, casi corriendo por el sendero, en traje de baño y con un albornoz desceñido que flotaba en el aire como un guardapolvos.

—¡Mi querida Rosetta! —El viejo conde parecía experimentar un gran placer—. Permite a este anciano que te bese; así me contagiarás un poco de tu maravillosa juventud... ¿Cómo está tu madre? ¿Y tu padre? Hace siglos que no les veo...

—Tú tienes la culpa por no hacernos una visita de vez en cuando, tío Ugo. Permite que te presente a mi primo Enrico Bardo. Es pintor y vive en Roma... El conde Ugo di Montebello...

El conde alargó la mano e hizo una profunda reverencia.

—Tienes razón Rosetta —sonrió—. No visitar a una joven tan bella... Pasad, hijos míos... ¿Me permites que te tutee, verdad Enrico? Pintor, ¿eh, muchacho? Soy un amante del arte en todas sus manifestaciones. Pero llevo una vida tan atareada. Ahora he comprado un nuevo yate, una antigua corbeta de la marina de

guerra, que salió a subasta. La han acondicionado y pensamos hacer un crucero por el Caribe el próximo mes. Vendrán conmigo unos amigos italoamericanos... ¿Queréis ser de la partida?

Un barco grande por el Caribe, a un paso de los Estados Unidos... Y aquellos amigos italoamericanos podrían ser Milazzo y Martino...

—No será posible, me parece —sonrió Rosetta—. Mi primo vio tu casa desde la playa y le gustaría pintarla...

—¡Naturalmente! —El conde agarró por el brazo a los dos jóvenes y los llevó al patio interior—. Puede venir cuando quiera... Pintor, ¿eh? Me habría gustado saber pintar...

El gran patio interior tenía mucho de jardín. Y junto a las piscinas estaban las tres jóvenes beldades que Blake ya había visto desde la torre.

—Son mis protegidas —sonrió el viejo conde—. Dominique es francesa y Maetka procede del Senegal... En cuanto a Jeanne Wu de Java y tiene sangre china y malaya... Muy buenas chicas... Pero, sentaos y pedid el veneno que más os guste.

Dio una palmada y acudió un criado, uniformado de blanco. Blake se manifestó dispuesto a tomar un Martini y sacó el cuaderno de apuntes del bolsillo. Trabajó rápida y eficientemente. El conde le veía hacer con una sonrisa satisfecha.

Estuvo terminado en unos minutos, sólo un rápido dibujo, pero captó en él parte de las piscinas, los grandes árboles que había detrás y, desde luego, las tres muchachas en bikini, con gran habilidad. Lo firmó, Enrico Bardo, y se lo alargó al conde.

—¡Qual meraviglia! —se asombró el conde—. Tendrás que venderme algo... Necesito paisajes para decorar el barco... ¡Oh, aquí está uno de mis amigos!

Americano, pero su sonrisa era italiana. Como de cuarenta años, fuerte y de ojos duros. Blake le conocía por las fotos que le habían mostrado en el Bureau... Richard Milazzo...

—Les presento a Don Riccardo Milazzo —indicó el conde—. Estos son Rosetta Bardo y su primo Enrico, pintor de Roma. El *signore* Milazzo tiene negocios en Nueva York y ahora pasa unas vacaciones en la madre patria...

Milazzo se mostró encantado de conocerles. Y en su mirada dura había algo que asombró a Blake; como si sintiese respeto y temor

ante Rosetta. ¡Absurdo!

Lewis Marone abrió los ojos y parpadeó, deslumbrado por la brillante luz.

La cabeza le dolía horriblemente. Trató de llevarse las manos a la frente y descubrió que no podía moverse. Estaba paralizado...

Abrió los ojos de nuevo. Levantó la cabeza. Se hallaba tendido sobre una cama de hierro y sus pies habían sido amarrados a los barrotes; eso mismo ocurría con sus manos. La estancia era desnuda, de grises paredes de cemento. Y una potente luz brillaba en el techo.

¡Prisionero de la Mafia!

Sus últimos recuerdos se referían al jardín de sus tíos, en Palermo; «ellos» le habían sacado de allí con su eficacia acostumbrada. ¿Cómo habrían averiguado dónde se escondió?

No importaba eso mucho ahora... Aquella gente probaría a hacerle hablar. Y Marone conocía sus métodos. Sintió frío...

CAPÍTULO XII

LA puerta se abrió y aquellos hombres entraron silenciosamente; Marone les vio acercarse, amenazadores, mortíferos como culebras de cascabel...

Milazzo... Y Martino Leone... Había otro hombre, un joven con pantalón vaquero y camiseta a rayas... Jugaba con una navaja de resorte, oprimiendo el botón para que saltara la brillante hoja y cerrándola luego, repitiendo la suerte una y otra vez...

El momento de la verdad; Marone tuvo que luchar para no temblar.

—Bien, ¿qué tal te encuentras muchacho? —Milazzo estaba sonriendo de un modo horrible.

Marone no contestó. Milazzo se echó a reír. Pero Martino Leone seguía serio, ceñudo...

¡Clac! La hoja del puñal plegable se disparaba, brillando bajo la luz; y el joven que jugaba con él le miraba apreciativamente, como calculando dónde y cómo le aplicaría el tratamiento...

—Sabemos mucho de ti —informó quietamente Milazzo—. Lewis Marone, agente especial del

F. B. I.,

hijo del teniente Marone, de la Policía Metropolitana de Nueva York, luego en la de Washington, retirado. Sabemos también que investigabas cierto negocio que tenemos entre manos. Pero, hay otras cosas que necesitamos saber... Evidentemente, cierto perro traidor llamado Battello se fue de la lengua... No es que importe demasiado... Nosotros ganamos siempre...

«Nosotros ganamos siempre»... Marone respiró hondo. Medio mundo estaba atenazado por los tentáculos del gigantesco pulpo que es la Mafia...

—Queremos que nos digas si estás solo en este trabajo —continuó Milazzo—. Nos interesa conocer lo que sabéis del asunto y qué medidas habéis tomado...

Marone había nacido en América y era americano por su educación; pero ahora, tras unos días de estar en Sicilia, su sangre siciliana empezaba a hervir...

No contestó. Sabía que iba a morir y no lo sentía demasiado. Su único miedo era hablar, delatar a Blake... Aunque él muriese, la victoria podría ser suya...

¡Escupió hacia Milazzo, con excelente puntería!

Milazzo lanzó una exclamación rabiosa. Se limpió la cara con su pañuelo...

—¡Empieza con él, Giulio! —ordenó.

El joven del cuchillo plegable sonrió y se acercó a Marone...

Un hombre de edad, vestido con sólo un albornoz, acababa de entrar.

—Intentaba hacerle hablar, Don Ugo... Yo...

¡Don Ugo! Blake le había hablado de él, el conde Ugo di Montebello; debía encontrarse en Villa Cesárea... ¡Aquel simpático anciano le daba órdenes a Milazzo!

—Veo que eres un discípulo del viejo Giovanni Adria —sonrió el conde quietamente—. Eso estaba bien en los años veinte. Ahora tenemos métodos más científicos. Ya viene el doctor. Una inyección de Pentotal, el suero de la verdad, y hablará, sin necesidad de hacer esas horribles cosas...

El doctor vestía una bata blanca. Llevaba gafas y tenía aire competente y profesional. Llegó un momento después y preparó la inyección, desinfectando con cuidado la aguja hipodérmica...

Le puso la inyección en un muslo.

—Hará efecto en quince minutos, excelencia —informó fríamente.

El conde asintió con la cabeza. Sacó del bolsillo una larga boquilla, puso en ella un cigarrillo turco y lo encendió.

Los minutos transcurrieron lentamente. Marone fue perdiendo la noción de las cosas. Se quedó con los ojos cerrados, distendidos los músculos...

—Procedan al interrogatorio —indicó el doctor.

Milazzo se inclinó sobre el cautivo.

—¡Marone! —llamó—. ¿Puede oírme?

Marone movió los labios.

—¡Cuidado... ellos... buscan...! —murmuró.

Milazzo insistió:

—¿Puede oírme?

—Sí... sí...

—¿Está solo en este trabajo?

Marone sudaba copiosamente. Se agitó convulsivamente, pero las ligaduras le sujetaban con solidez.

—¡Cuarenta toneladas... de opio! —susurró—. ¡Hay que encontrarlas!

—¿Qué averiguaron?

—... en algún... sitio... de Palermo...

—¿Le ayuda alguien en su trabajo? —Milazzo parecía ansioso por resolver este punto.

—... el detective Nitti... corre peligro... Está bien... opino como tú... Despediré a Nitti...

—¿Cómo se llama su compañero?

—Bla... Blake... Le llamamos... «Genio» Blake...

—¿Dónde está?

—Aquí... En Mondello... Yo me voy... pero él...

—¿Qué nombre usa? ¿Dónde vive?

Pero Marone sólo decía ya cosas sin sentido. Milazzo lanzó una maldición. ¡Había otro hombre trabajando con Marone! Y se llamaba Blake. Pero, era evidente que estaba en Mondello bajo un nombre supuesto...

¡Tenían que encontrarle!

Golpeó violentamente la cara del indefenso Marone. El médico movió la cabeza.

—Los efectos del Pentotal pasan rápidamente —observó—. Pero mientras no pasen es inútil hacer razonar al sujeto...

Milazzo se volvió hacia el conde.

—Hay que hacerle hablar —indicó duramente.

El conde Ugo asintió con la cabeza.

—Es suyo, Milazzo —admitió—. Pero, recuerde, no debe morir, no mientras ignoremos la identidad de su compañero. Haremos un nuevo intento para que hable sin recurrir a esos métodos...

Aguardaron media hora más. Marone volvió lentamente en sí. Se

dieron cuenta de ellos por la mirada que les dirigió. Había en ella temor, miedo de haber revelado sus secretos...

—¡Ah, *signore* Marone! —exclamó el conde—. De nuevo con nosotros... Ya habrá entendido que su situación es desesperada. Ha nombrado usted a un compañero... Blake. Bien, necesitamos conocer el nombre que usa aquí, dónde está... No debe obstinarse en callar... Es un error... Naturalmente, usted va a morir, amigo, no podemos dejarlo vivo, pero morirá rápido si habla... Todos tenemos que morir alguna vez. En cambio, si no nos dice lo que queremos oír, su muerte será lenta, horrible... Sea sensato...

Marone era ya dueño por completo de su cerebro. Sonrió. Había dicho algo acerca de Blake durante el efecto de la droga, pero no lo bastante para que aquellos asesinos sacaran nada en limpio...

—¡Váyase al cuerno, querido conde! —exclamó.

El conde Ugo suspiró.

—¡Usted se lo buscó, amico mió caro! Adelante, Milazzo... Y no olvide lo que dije. El doctor vigilará...

Milazzo encendió un cigarro puro. Movi6 la cabeza, señalando hacia Marone.

El joven del cuchillo se acercó, sonriendo levemente.

¡Clac! La hoja saltó cuando oprimió el resorte. Alargó la mano y tiró del jersey del agente del

F. B. I.

Lo cortó de arriba abajo. Aquel puñal tenía el filo de una navaja de afeitar...

Marone apretó los dientes. El verdugo sabía su oficio. Pequeños cortes, cada uno de los cuales levantaba un trozo de piel. Sintió que el sudor corría a ríos por su cara...

Temblaba de tal modo que la cama a la cual estaba atado se movía...

¿Cuánto tiempo duró aquello?

Un siglo desde el punto de vista de Marone. ¡Desollado, como San Bartolomé! ¿Era posible que cosas así ocurriesen en pleno siglo XX?

Bruscamente, se desmayó... El doctor acudió al momento.

—Trae agua, Giulio —ordenó Milazzo—. Seguiremos cuando se despierte...

—Tendrá que dejarlo —aconsejó el doctor—. El joven está débil,

efecto del Pentotal... No es aconsejable...

—¡Le haré hablar! —bramó Milazzo.

Pero el médico no se dejó intimidar.

—Ya oyó a Don Ugo —recordó—. Tiene que seguir vivo... Si siguen torturándole podría morir de *shock*...

Milazzo dio un par de furiosas chupadas a su puro.

Sólo unos pocos conocen el nombre del jefe supremo de la Mafia; Milazzo tenía todas las razones para creer que ese gran jefe era el conde Ugo di Montebello...

No, a pesar de su importancia en la Orden, no podía permitirse ignorar una orden suya.

—De acuerdo, doctor —sonrió—. Lo dejamos a su cuidado. Ya tendremos otra sesión...

Se marchó, con Martino Leone y el joven Giulio, el artista del cuchillo...

Cuando Blake se quedó solo, se echó sobre la cama, en su habitación de la pensión. Necesitaba pensar...

Tuvo que fingir un fuerte dolor de cabeza para que Rosetta se marchara. La impetuosa joven no le dejaba tranquilo. ¿Enamorada, realmente?

Blake sonrió... La muchacha le resultaba simpática...

Pero, lo importante ahora, era averiguar qué había sido de Marone. Era posible que el joven decidiera aprovechar el tiempo; podría haberse dirigido al aeropuerto de Palermo con objeto de volar hasta Roma, un buen plan... Demasiado peligroso intentarlo por carretera...

¡Mafia! Habían perseguido a Marone y se ocuparon de devolver el «Ferrari» de Rosetta, como burlona cortesía, sin duda para que cualquier posible compañero de Marone pensara que le habían capturado y diera un paso en falso...

Tenía que pensar en ello esta noche. Por la mañana haría una llamada a la embajada de Roma, desde un teléfono de Palermo. Si Marone no se encontraba allí, actuaría inmediatamente.

Empezaría por hacer una visita a Villa Cesárea, y no de cortesía, precisamente. Claro que el conde Ugo di Montebello no tendría nada que ver con el asunto. Pero allí estaba Milazzo...

Salió a cenar en un pequeño restaurante de la playa y volvió a la

pensión antes de las once.

Se acostó luego, decidido a descansar. Necesitaba tener la cabeza despejada...

Naturalmente, el Bureau no pensaba que existieran posibilidades de éxito. Era sólo un intento. Esperaban de Blake más de lo que era razonable...

Con todo, comprendía que sus jefes le hubiesen enviado tras el siniestro cargamento de opio. Aquello podría hacer mucho daño en el mercado americano. Millones de dólares para los asquerosos miembros de la criminal organización... Muerte y degeneración para miles de jóvenes americanos...

Blake se durmió. Y tuvo pesadillas. Soñó que le atrapaban los «mafiosos» y le torturaban... Y entre sus verdugos estaba Rosetta Bardo...

CAPÍTULO XIII

CIRIL Spencer Blake se levantó temprano aquella mañana; sabía que los periódicos locales llegaban a Mondello alrededor de las ocho y quería comprarlos.

Necesitaba saber si, al igual que cuando Nitti fue asesinado, se daba la noticia de la muerte de Marone... Desde la ventana de su estudio, en el ático de la pensión, vigiló la llegada de los camiones y sólo bajó a la calle cuando vio llegar uno de ellos.

Pero, en el quiosco le esperaba la noticia de que, en efecto, el camión con la prensa había llegado, aunque, por alguna razón, no la repartió, volviendo a Palermo con su carga... Dos hombres hablaron con el repartidor casi en el momento en que ya iban a descargar los paquetes de periódicos.

Blake volvió a la pensión, sin preocuparse demasiado por ello. La recogida de periódicos era algo normal. Sucedió de vez en cuando...

Blake regresó a la pensión y preparó sus cosas. Era ya tiempo de investigar en Villa Cesárea. El conde Ugo se manifestó encantado de que fuese a pintar en los jardines de la villa y debía aprovechar la suerte; no quería perder de vista a Milazzo...

Desayunó rápidamente y abandonó su departamento, dispuesto a sacar el «Seiscientos» del garaje para cargar los útiles, cuando llegó el coche; hizo alto delante de la puerta, un «Mercedes» negro, y al volante estaba aquel sujeto mal encarado, el conductor de los Bardo...

Blake caminó por la acera, acercándose, creyendo que traería algún mensaje de Rosetta, pero la propia Rosetta apareció entonces y corrió a su encuentro besándole afectuosamente.

—Espero que no tengas otros proyectos para hoy, Enrico —

explicó—. Porque vamos a la villa del conde Ugo... Cuando le dije a mi padre que habíamos estado allí, decidió venir... ¡Quiere recordar los viejos tiempos con tío Ugo!

—¿Tu padre ha venido? —se sorprendió Blake—. Creí que estaba enfermo de cuidado. Precisamente pensaba ir a pintar allí...

La cabeza de su falso tío, el anciano Piero Bardo, apareció en la ventanilla del «Mercedes».

—¡Per tuti diavoli! —gritó irritadamente—. No perdáis tiempo. Ya podréis hablar cuando me llevéis a casa de Ugo...

Una magnífica oportunidad para explorar la villa en compañía de «su» prima. Blake abrió la puerta del coche y dejó entrar a Rosetta. Se colocó luego a su lado y el vehículo partió.

—Creí que estabas enfermo, tío Piero —observó.

El humor de Don Piero había mejorado en los últimos segundos. Tenía una sonrisa malévola en su arrugado rostro.

—¡Aún tengo que dar mucha guerra, sobrino! —indicó—. ¡Ya lo verás!

Llegaron con rapidez a Villa Cesárea. El portero les franqueó la verja y el coche se detuvo ante la puerta principal.

Rosetta y Blake ayudaron al viejo a descender y le llevaron a la entrada. El chófer ya había llamado a la puerta y uno de los criados del conde estaba allí, asombrado por la invasión.

El viejo Don Piero le amenazó con su bastón.

—¡Llama al conde Ugo inmediatamente! —aulló—. Ese viejo bandido estará aún acostado... ¡Porco sátiro!

Blake reprimió una sonrisa. Ser amigo de Don Piero no resultaba nada agradable.

El conde Ugo acudió con prontitud, despeinado, envuelto en un batín de seda negra, con cara de haber dormido poco.

Blake se asombró. El conde no parecía contrariado por la intempestiva e iracunda llegada de Don Piero... Más bien podría creerse que sentía miedo...

Acudió junto al viejo amigo y le hizo sentarse en un gran sillón; el salón era enorme y estaba profusamente decorado, con estatuas y pinturas por todas partes...

Don Piero le dijo algo en voz baja y el conde, a pesar de su edad, atravesó corriendo el salón.

Volvió en unos minutos, y se colocó frente a Don Piero. Blake

arrugó el entrecejo... ¡El conde estaba temblando!

Luego llegó la invasión. Seis hombres, a la cabeza de los cuales estaban Milazzo y Martino Leone... Tras ellos, un sujeto blandía una pistola y, cerrando la marcha, tres individuos jóvenes, armados de metralletas.

Blake sintió calor repentinamente. Reconoció a uno de los hombres como el muchacho que había devuelto el «Ferrari» de Rosetta poco después que se lo llevara Marone...

El viejo Piero Bardo paseó la mirada por el salón. Levantó una mano.

—¡Marino, mi bastón! —ordenó.

El chófer de los Bardo salió de allí y Blake oyó el ruido de la puerta del «Mercedes» cuando la cerró de golpe. Al volver traía otro bastón...

Se lo dio a Don Piero. Un bastón muy particular. Recto, con pomo en forma de bola y cordón dorado... Un bastón de mando. De pronto, Blake se dio cuenta de lo que significaba aquello.

¡Estaba delante del jefe supremo de la Mafia!

—Sobrino Enrico Bardo —el viejo le miró con ojos centelleantes—. Se ha presentado aquí con el nombre de mi sobrino, nos ha engañado a todos pero ¿quién es usted?

Blake parpadeó asombrado. ¿Qué quería decir aquello? ¿Cómo habían descubierto la suplantación?

—No sé de qué habla tío Piero —sonrió.

Don Piero sacó del bolsillo un periódico. Lo tiró sobre la mesita. El diario local, «II Solé di Palermo», aquél que había sido recogido tan misteriosamente.

Los gruesos titulares de primera plana eran altamente instructivos; y en el centro de ellos estaba la fotografía del verdadero Enrico Bardo.

«EL PINTOR ENRICO BARDÒ, NACIDO EN PALERMO,
GANA EL GRAN PREMIO DE LA BIENAL DE SAO
PAULO».

¡Mala suerte!

—Sabrá que su amigo Luigi Marone —añadió Don Piero—, que se hacía pasar por un industrial de nombre Barone, cometió el error de ir a buscar refugio en mi casa... Es mi sobrino, pertenece a mi

familia, pero eso no significa nada ante la Orden. Naturalmente, le mandé aquí para ser interrogado. Sometido al «suero de la verdad», confesó que trabajaba con otro agente llamado Blake... Dijo también que estaba en Mondello. Pero no lo grábamos descubrirle. ¡Tiene gran habilidad, *signore* Blake! Nos ha causado molestias enormes.

Sin embargo, la suerte le ha sido contraria. Mi verdadero sobrino ha ganado un premio de fama internacional y sólo por pura casualidad pude detener el reparto de prensa esta mañana.

Blake miró a Rosetta. La muchacha estaba sonriendo. Sabía que su padre era el jefe de la Mafia, sabía que su primo y Blake estaban condenados a muerte, y ¡sonreía!

Miró al terrible viejo tranquilamente.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó.

Don Piero Bardo se echó a reír.

—Debería saberlo, amigo —explicó suavemente—. Va a morir, y lo mismo le pasará a su compañero, ese estúpido de sobrino que escogió el oficio de policía... Pero no será de inmediato. Quiero castigarles de un modo especial.

A un gesto de Don Piero, su chófer, Marino, se adelantó. Apoyó el cañón de su pistola en la cabeza de Blake y le cacheó con la mano libre. Pero Blake estaba desarmado.

Se lo llevaron los «malandrini», mientras que el conde Ugo, con Milazzo y Martino Leone se agrupaban junto al jefe, dispuestos a conferenciar.

Pasaron por una puerta bajo la escalera que llevaba al piso superior, y descendieron otra. El sótano o bodega...

Lo era. Había filas de estanterías con botellas y grandes toneles.

Al fondo, ante la desnuda pared, se detuvieron. Uno de los hombres del conde Ugo accionó lo que parecía un simple conmutador, pero de un modo muy particular, tirando de él...

Todo el lienzo de pared, un inmenso bloque de cemento, giró, descubriendo un pasillo iluminado con luz eléctrica. Caminaron a lo largo del desnudo corredor. Había puertas a ambos lados, puertas de hierro, una verdadera fortaleza. La villa del conde era algo más que una residencia de lujo...

Alguien abrió una de las puertas. Le empujaron y Blake se encontró en una estancia cuadrada, sin ventanas, con dos

camastros. En uno de ellos...

—¡Hola! —saludó Marone—. Veo que has caído en la ratonera... La puerta chirrió al cerrarse. Blake asintió con la cabeza.

—Algo extraordinario —explicó—. Tu primo Enrico cumplió su palabra de guardar el secreto... ¡Pero ganó el Gran Premio en la Bienal de Sao Paulo! Naturalmente, la publicidad fue instantánea, sobre todo en Italia...

Se fijó entonces en que Marone estaba pálido y demacrado, con barba de dos días. Su jersey fue cortado por delante y una venda ancha le cubría gran parte del pecho.

Marone interpretó la mirada.

—Me hicieron una exhibición personal del arte de manejar el cuchillo —sonrió débilmente—. Algo parecido a lo que le pasó a Nitti. Sólo que yo estoy aún vivo...

Blake sonrió a su vez.

—Esto acabará pronto —dijo.

—Sí, nos matarán a los dos. —Marone se encogió de hombros—. La vida fue algo grande, mientras duró...

Blake se echó a reír.

—No me refería a eso, Marone —rechazó—. ¿Has visto algo interesante desde que estás aquí?

—Seguro. ¿Oyes ese zumbido? Tienen su propio generador eléctrico. Gastan demasiado para tomar la energía de la línea pública. Llamaría la atención de la compañía; una villa no podría gastar tanto. Y he visto pasar hombres por delante del ventanillo de la puerta, hombres con aspecto intelectual, vestidos con batas blancas. ¡Hay todo un laboratorio subterráneo, bajo la villa del conde! Apuesto mil contra nada a que es aquí donde transforman el opio...

Blake asintió despreocupadamente.

—Excelente —comentó—. Supongo que nos darán de comer.

—Vienen dos veces al día. Entra uno de esos asesinos, y otro, con una metralleta, vigila... No hay modo de escapar, si es lo que estás pensando.

Pero Blake rehusó dejarse impresionar.

—Lo que estoy pensando es que debemos descansar hasta que llegue la comida. Pero antes...

Se sentó en la cama y se quitó uno de los zapatos.

—¿Has oído hablar del general Stuart? —preguntó.

—No.

—Poca gente sabe de él. Dirige un importante grupo de la

C. I. A.

Somos viejos amigos desde que trabajé con él en una ocasión. Tienen una serie impresionante de trucos esos muchachos de la

C. I. A.

Visité a Stuart antes de venir a Italia. Quería que me prestara alguno de sus inventos y lo hizo...

El tacón del zapato estaba sujeto por varios tornillos. Los aflojó con una moneda y descubrió un hueco de regular tamaño. Sacó de allí algo y lo echó sobre la cama. Mientras volvía a colocar el tacón, Marone alargó la mano y...

—¡No! —advirtió Blake—. Es un arma mortífera...

Marone levantó las cejas.

—A mí me parece un encendedor —observó.

—Lo es... Sólo que de una clase muy particular... Lo encendió y lo apagó. Luego apuntó a la cama con el orificio por donde salía el fuego y apretó con el pulgar el fondo...

Se oyó un leve chasquido. En la manta que cubría la cama apareció un pequeño orificio.

—Como una pistola de aire comprimido, Marone —explicó Blake—. Funciona con un cartucho de gas a presión y tiene diez balines capaces de perforar media pulgada en la madera... Balines de punta metálica... ¡Compuestos de cianuro solidificado! Sólo tienen que romper la piel para matar...

CAPÍTULO XIV

LAS horas transcurrieron lentamente. Sólo el apagado rumor del generador rompía el silencio de la celda de cemento.

De vez en cuando, una cara aparecía en el ventanillo de la puerta metálica. El guardián vigilaba, con la misma eficiencia que una cárcel de verdad...

El «mafioso» sólo podía ver que los dos prisioneros estaban tranquilos, echados sobre sus respectivos camastros, descansando.

Marone conocía la reputación de Blake, un agente nuevo pero del cual hablaban todos. Sin embargo, a pesar del mortífero encendedor que poseía su compañero, creía firmemente que había llegado el último acto de sus vidas.

No era sólo aquel guardián... Don Piero y el conde tenían muchos sicarios... Ni siquiera si se encontraran ahora libres, en medio de las calles, confiaría en poder contarlos...

Pero Blake seguía descansando, imperturbablemente...

Marone tuvo que hacer un esfuerzo para contener sus nervios. Debía aguardar...

El momento no estaba tan lejos; la sólida cerradura de la puerta crujió levemente y se abrió la hoja.

Aquella gente tenía experiencia. No entraron sin más ni más; el que tenía la metralleta pasó sólo cuando vio que los prisioneros estaban lejos.

Apuntó amenazadoramente cuando se incorporaron... Blake esbozó una sonrisa.

—Un cigarrillo, Marone —pidió.

Marone le echó su paquete. El hombre que transportaba la bandeja con la comida avanzó hacia la mesa, sin perderles de vista.

Blake encendió un cigarrillo. Tendió el paquete al guardián.

—¿Quiere fumar, amigo? —ofreció.

El hombre le miró sin contestar. Blake oprimió el resorte del mortífero encendedor.

El sujeto de la ametralladora se llevó una mano a la cara; el proyectil de cianuro se había clavado en su labio superior.

En un segundo, su cara se puso morada... Comenzó a desplomarse con lentitud y su compañero se dio cuenta. Dejó caer la bandeja y asió frenéticamente la culata de la pistola que llevaba metida en el cinturón...

Blake disparó rápidamente dos veces. Los diminutos proyectiles encontraron su blanco, perforando la camisa del «mafioso».

Cayó como fulminado por un rayo...

—¡Lo conseguimos! —exclamó Marone.

Corrió hacia el bandido de la ametralladora y le quitó el arma; luego, mientras Blake se apoderaba de la pistola del otro; movió la cabeza.

—¡Muertos!

Aquellas caras amoratadas, cianóticas, no eran agradables de ver.

—Del todo —aseguró Blake—. Procuremos obrar con cautela. Primero hemos de asegurar esa puerta de cemento. Luego, nos apoderaremos del laboratorio. No creo que haya más gente armada aquí. Finalmente destruiremos todo el opio y la heroína que encontremos; será el mejor medio de que nunca llegue a los mercados. Después, probaremos a salir con vida...

Salir con vida... La moral de Marone era muy alta ahora. Confiaba en que todo el proyecto de Blake se llevara a cabo, pero salir con vida...

Avanzaron por el corredor, el mismo camino que, según recordaba Blake, había traído al venir aquí.

Estaba en lo cierto. El gran bloque de cemento giraba sobre unos carriles, empujado por un motor eléctrico. Arrancó un cable del interruptor y ya nadie podría abrirla desde fuera, y desde dentro sólo si volvían a establecer la conexión...

—¡Vamos! —urgió.

Desanduvieron lo andado y doblaron el pasillo. Había una puerta al fondo, pero era de madera y cristal. Entraron rápidamente y ante sus ojos apareció algo increíble. Aquello era un completo

laboratorio. No menos de siete químicos y ayudantes estaban allí.

Técnicos al servicio de la Mafia.

Blake hizo unos movimientos con la pistola.

—Levanten las manos y vengan hacia acá, muchachos —ordenó.

Formaron un grupo que les miraban con curiosidad, aunque no estaban asustados. Creían pertenecer a una organización que nunca perdía las batallas.

—¡Desnúdense! —Fue la siguiente orden de Blake.

No podía correr el riesgo de registrarles uno a uno para ver si tenían armas. El grupo de técnicos no podía hacer otra cosa que obedecer. En breve estaban allí, en medio del laboratorio, siete hombres desnudos como nuestro padre Adán, tan ridículos que Marone soltó una carcajada.

—Ahora —indicó Blake—, caminen por el pasillo como unos caballeros; el menor movimiento sospechoso será el último...

Caminaron, desde luego, y Blake y Marone les llevaron al calabozo que ocuparon hasta ahora. Uno de aquellos sujetos, individuo delgado y con lentes, se echó a reír, como si algo le divirtiese extraordinariamente.

Blake dio la vuelta a la llave, inquieto por aquella risa. ¿Había algo con lo que no contaron?

—¡HOLA, «PRIMO» BLAKE!

La voz les heló a los dos. Sonaba a sus espaldas y ambos sabían que la muerte les rozaba con sus negras alas. Volvieron la cabeza, sólo la cabeza, y lo hicieron lentamente...

¡Rosetta Bardo estaba allí, con una metralleta colgando del hombro, apuntándoles directamente!

Marone cambió una mirada con Blake. Blake esbozó una sonrisa. Pero sus ojos dieron la orden tan claramente como con palabras:

«¡Quieto, espera!».

Dejó la pistola y Marone soltó la ametralladora.

—¡Hola, prima Rosetta! —contestó Blake, volviéndose del todo.

—No sé cómo habéis logrado escapar, pero no ha servido de nada —sonrió la linda muchacha—. Tampoco podría explicar por qué vine aquí y me oculté en una de las celdas... Intuición femenina, supongo.

—Eres muy lista —alabó Blake.

—Más de lo que te figuras. Mi padre creía saberlo todo, igual

que ese pobre hombre que es el conde Ugo... Pero, a medida que Don Piero se fue haciendo viejo, yo, su hija, me iba apoderando del mando. Sin que él lo sepa todavía, soy el jefe. Pero mi padre está viejo. Morirá un día de estos y el poder se escapará de mis manos, a menos que encuentre un hombre que me sirva... Pero eso pertenece al futuro. Ahora hay que pensar en otras cosas. Has perdido, primo Blake, y vas a morir. ¡Quitaos las ropas!

Igual que ellos habían hecho con los técnicos, y por la misma razón, probablemente...

Blake y Marone se desnudaron. En el pantalón estaban el paquete de cigarrillos de Marone y el encendedor mortal. Blake pensó frenéticamente el modo de sobrevivir, pero veía la sentencia de muerte en los ojos de Rosetta, aquella atractiva muchacha que se estremecía de pasión junto a él durante los días pasados y que ahora parecía otra persona...

Allí estaban los dos, con esa curiosa sensación de desamparo que causa al hombre civilizado estar privado de sus ropas.

—Quisiera pedirte algo, Rosetta —dijo lentamente—. Dos cosas...

—Las tendrás, en recuerdo de los viejos tiempos... ¡siempre que no pidas la vida!

Blake negó con la cabeza.

—Echa la metralleta a un lado y vete de aquí: —propuso—. Este juego no es para ti, te costará la vida...

Rosetta se echó a reír.

—Petición denegada —exclamó.

—Entonces, permítenos fumar el último cigarrillo. ¿Lo harás?

Rosetta recogió la ropa de Blake, sacó del bolsillo del pantalón el paquete de cigarrillos y se lo echó a Blake por el aire.

—Necesitamos fuego —añadió el joven.

Rosetta movió la cabeza.

—¿Me crees tan tonta como para acercarme a darte fuego? —indicó despreciativamente—. ¡Toma, «Genio»!

Lanzó el encendedor. Blake lo atrapó. Tenía la mano tan sudorosa que casi se le escapó de entre los dedos. Encendió el cigarrillo de Marone, hizo lo mismo con el suyo y luego miró a Rosetta.

—¡Adiós, Rosetta! —se despidió.

Oprimió el disparador una, dos, tres veces. Marone vio los diminutos y negros agujeros en el suéter de Rosetta... Cayó hacia atrás, lentamente, y su bonito rostro estaba ahora purpúreo.

Corrieron al laboratorio. Allí estaban las cajas de cartón, con un polvo blanco; Blake lo halló amargo cuando lo probó. Heroína. Casi todo el opio se encontraba ya transformado.

—Veo que disponen de horno eléctrico, Marone —sonrió Blake—. No abandonaremos esto hasta que hayamos quemado el maldito veneno...

Trabajaron como negros. Aquel horno, que debía servir para desembarazar de los residuos de su trabajo a los técnicos de la Mafia, se tragó las cajas, reduciéndolas rápidamente a cenizas. Dos horas les llevó la tarea, pero cuando terminaron se sintieron mejor.

—Ahora. —Blake se pasó el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor—, probaremos a escapar.

Marone no pudo reprimir un gesto de pena al pasar junto al cadáver de la peligrosa Rosetta Bardo. Luego, junto a la puerta de cemento, Blake hizo la conexión y accionó el conmutador. El motor zumbó y el bloque se apartó lentamente...

—¡Blake! —Marone agarró el brazo de su compañero.

¡Se oían disparos en la casa! Y un grupo de cuatro o cinco individuos apareció por la escalera de la bodega. Dispararon contra ellos al verles y Blake respondió al fuego. Dos cayeron al suelo y el resto soltó las armas y se rindieron...

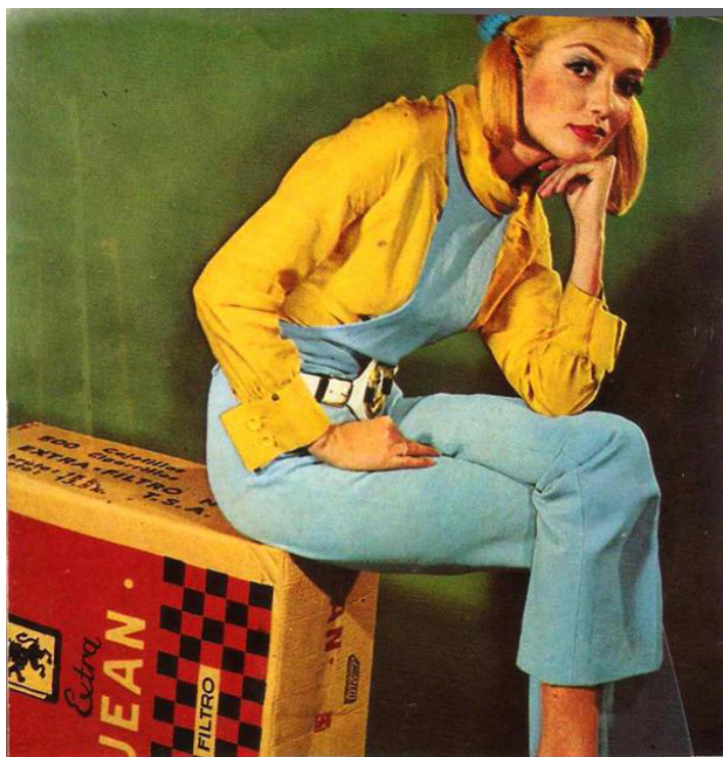
Entonces, hombres uniformados hicieron su aparición... ¡Carabinieri!

—*Signore* Enrico Bardo! —Un oficial, con insignias de capitán señaló a Blake con el dedo—. Hay algo que debe explicar. Conocía su estancia en Mondello, se le vigilaba discretamente. Siempre andamos detrás de esos criminales de la Mafia. El Conde Ugo di Montebello era un sospechoso, y esos americanos, Leone y Milazzo, también. Esta mañana leo en el periódico que hay un Enrico Bardo en Brasil... Me dijeron en su pensión que vino aquí, con Don Piero Bardo. Va bene... ¿Quién es usted y qué demonios pasa aquí? Me dispararon cuando vine con mis hombres, y tomé por asalto la villa... Mafiosos, pintores que no lo son...

Era necesaria una explicación. Blake le dijo hasta donde creyó conveniente y el capitán movió la cabeza.

—¡Es propiamente magnífico! —gritó—. ¡Han quemado las drogas! ¿De qué voy a acusar al conde Ugo y a Piero Bardo? Sólo podré meter en la cárcel a varios de estos rufianes por tenencia ilícita de arma. ¡Los mafiosos se reirán de esto durante toda su vida!

FIN



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (MADRID)

DISTRIBUIDOR NACIONAL:

ORGANIZACION DISTRIBUIDORA IBERICA, S.A.
EDIFICIO ESPAÑA - MADRID

10
PTAS.

Concesionarios exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

